

MS

MS

MS



SEMBLANZAS
DE
LOS TOREROS DEL DÍA

POR
EL MARQUÉS DE PREMIO REAL
(MAESTRO ESTOKATI)

CON PRÓLOGO
DE
LUIS CARMENA Y MILLÁN



MADRID
Administrador: MIGUEL POVEDA
San Vicente, 47.

LOS TOREROS DEL DÍA



SEMBLANZAS
DE
LOS TOREROS DEL DÍA

POR
EL MARQUÉS DE PREMIO REAL

(MAESTRO ESTOKATI)

CON PRÓLOGO

DE

LUIS CARMENA Y MILLÁN



MADRID

IMPRENTA Y FOTOGRAFADO DE ENRIQUE ROJAS

Calle de Pizarro, núm. 16.

PRÓLOGO

Por el año 1892 cayó en mis manos un libro que acababa de salir á luz en Málaga, bautizado con este nombre: *Taurinas del Maestro Estokati*. Componíase de una serie de quince ó veinte artículos, generalmente cómicos, dedicados á cosas de toros; y escritos con tanta gracia y galanura, que al punto traté de averiguar quién era el escritor ameno y de vena tan satírica que se ocultaba tras el seudónimo del *Maestro Estokati*. No me fué difícil inquirir que el afortunado autor de *Taurinas* era persona de exqui-

sita cultura, peritísima en cuestiones de teatros, de buena posición social, que ostentaba nobiliario título y que, con verdadera vocación literaria, había dado ya públicas, y muy gallardas muestras de su ingenio, no sólo en la especialidad tauromáquica, sino en otros diversos ramos de la literatura.

Andando el tiempo, tuve ocasión de conocer personalmente y trabar relaciones de amistad con el ilustre escritor, pudiendo entonces apreciar de lleno condiciones de imaginación y saber que no me atrevo á elogiar aquí, para que no parezca esto juego de compadres. Como consecuencia de dicha amistad, y dando quizás á mi oscuro nombre literario una significación de que en absoluto carece, me invita *el Maestro Estokati*, tan bondadosa como imprudentemente, á que abra yo las páginas de este libro y lo presente al público.

A mucho obligan los deberes amistosos, y no soy de los que rehuyen el cumplirlos; pero me temo que el lector benévolo—que por tal le tengo ya si se toma la molestia de leer estas líneas—me pregunte como al protagonista del cuento: ¿y á usted, quién le presenta?

Subo, pues, al púlpito á decir algunas palabras, las menos posibles, no porque no me halague el desempeño del importante papel que me asigna el maestro, sino porque el asunto del libro tampoco se presta á mayores esclarecimientos ni ampliaciones. *Toreros del día* se titula éste, y si yo añadiera algo á lo que se dice, respecto á dichos personajes, parecería que el autor se lo había dejado en el tintero, y venía á enmendarle la plana, cuando, por el contrario, creo y afirmo que nada falta ni sobra en lo escrito por él.

Malos vientos corren para el arte del toreo. Los dioses no se van, se han ido ya, y sólo queda en el esquilmado campo tauromáquico un grupo de apreciables medianías, tocadas de la ambición del vil metal, y ensoberbecidas hasta el punto de cotizar sus torpes y adocenadas faenas—que son casi todas—á iguales y mayores precios que lo fueron las realizadas por los astros de primera magnitud, que se llamaron *Lagartijo*, *Trascuelo* y *Guerrita*, concretándose sólo á los de esta época. Tuertos en tierra de ciegos, aparecen reyes debiendo ser vasallos; y las empresas tienen que *soportar* (verbo silvelista) sus ridículas exigencias, á menos de tener cerradas las plazas de toros.

El público, amo y señor de todos, verdadero Conde, que debería descomponer *combinas* y desbaratar tinglados, toma lo que le dan y se aguanta;

que harto demostrado tiene ya en asuntos de mayor vitalidad é interés para la patria, que si en otros tiempos la característica del pueblo ibero fué la fiereza, simbolizada por el león de su escudo, hoy es la mansedumbre llevada hasta un grado inverosímil, y parece que todos los españoles comulgamos con ruedas de molino.

Colocándose en la realidad, más ó menos halagüeña, y ofreciendo el género que hay, *el Maestro Estokati* presenta á los aficionados á toros una galería biográfica de los principales lidiadores del día. Algunos de estos artículos vieron ya la luz en el acreditado semanario *Sol y Sombra*; otros se publican ahora por primera vez. Tu vieron aquéllos tan gran aceptación, que era general el deseo de verlos reunidos, y este deseo se satisface hoy con creces, completando la serie y exhibiéndola en primorosa edición.

Una excepción merecidísima ha hecho el autor, poniendo á la cabeza de los lidiadores al que fué el primero de todos, á Rafael Guerra (*Guerrita*), que aunque retirado prematuramente y en fecha cercana del teatro de sus triunfos, no se han apagado aún los resplandores de su arte incomparable.

Literato de buena cepa *el Maestro Estokati*, no son sus biografías una seca y descarnada narración de hechos, sino semblanzas artísticas en que aparece la fisonomía moral de los interesados, su manera de ejecutar en el toreo, sus alientos y desmayos en la ruda pelea, todo ello aderezado con rasgos y observaciones de finísimo ingenio y expuesto en un estilo atractivo y ameno. Temperamento benévolo el retratista, no acusa con su pincel aquella implacable verdad, que hizo exclamar al Papa Inocencio X al ver

su magnífico retrato hecho por el gran Velázquez y en el que no se habían disimulado ciertas imperfecciones de su rostro: *Bello, ma troppo vero*. Retrata, como lo hacía D. Federico de Madrazo, embelleciendo las figuras sin que éstas pierdan el parecido. Claro está que las que virtualmente ostentan méritos más reconocidos aparecen con mayor relieve en las reproducciones; pero la pericia y habilidad del retratista hace destacar figuras de segundo término en el toreo con toques tan interesantes, que resultan simpáticas y agradables aun para los que no les habían concedido gran atención en las plazas.

De mí puedo decir, que lidiadores que me eran del todo indiferentes, hánse trocado en personas simpáticas después de leídas sus semblanzas, merced á determinados hechos ó episodios diestramente narrados. Recuer-

do que en la biografía del espada Joaquín Navarro (*Quinito*), una de las publicadas en *Sol y Sombra*, se refiere un episodio tan sencillo y tierno, ocurrido en Sevilla, que me conmoví al leerlo.

«Concurría yo—dice el autor—por los años de 1888 y 1889 á una reunión taurina que tenía su aposento en el café Central, adonde acudían Carrasquilla (el chispeante revistero), Centeno (ya eclipsada su gloria), el joven Machío, el simpático *Colorín*, y algún otro. Una tarde, hablando con un amigo de toreros, dije resueltamente:

—No hay en Sevilla torero más antipático que *Quinito*; es habilidoso, torea mucho y bien; pero es un *mal angel*.

Un hombre que tomaba café en la mesa contigua, y representaba unos cincuenta años, al oirme me dijo:

—Caballero, ¿ha tratado usted á *Quinito*?

—No, señor—le respondí.

—Pues cuando usted lo trate verá que es muy bueno y simpatizará quizás; no tiene *mal ángel*, sino que es muy serio mi hijo.

Excuso los comentarios de mi gran plancha. Efectivamente, traté después á Joaquín, y hube de rectificar mi impresión primera».

Confieso que este tierno episodio, tan sinceramente narrado, y en el que tan cortés y discreta intervención tuvo el cariño paternal, me produjo intensa emoción, y desde que lo leí miro con especial simpatía al modesto y pundonoroso diestro.

Pues así está escrito todo el libro. Alguien objetará que el biógrafo tiende á realzar cuanto puede las cualidades personales y artísticas de los lidiadores que han caído bajo los pun-

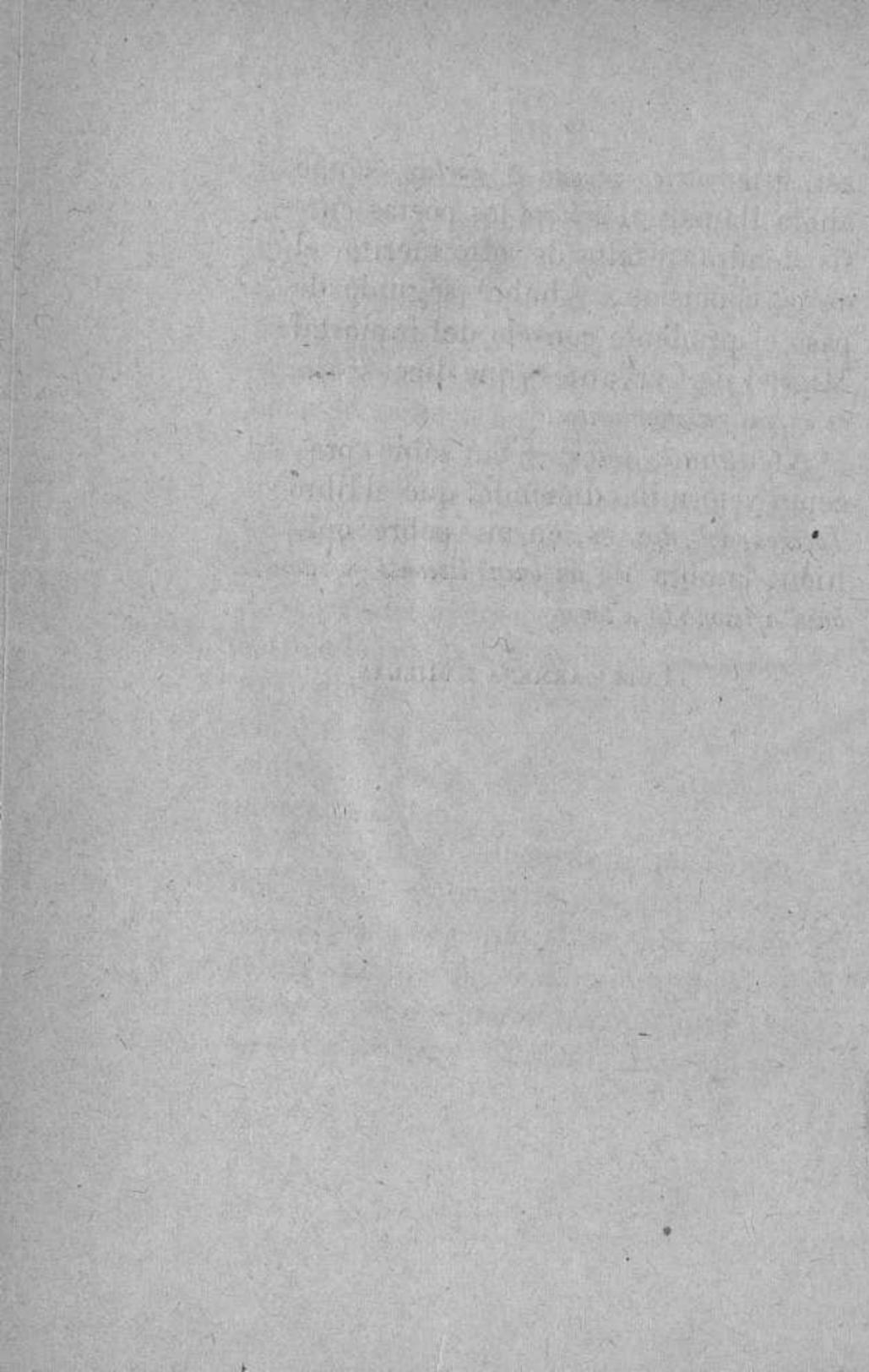
tos de su pluma, endulzando siempre su crítica y procurando buscar atenuación ó disculpa á los defectos; pero cabe responder, que el que por méritos propios contraídos en cualquier esfera de la actividad humana, se hace acreedor á que se le dedique un recuerdo público, no parece que sea el momento de tributarle este homenaje el indicado para señalar con acrimonia y poner al descubierto los lunares de su trabajo; bien así como al actor estimado, en la noche de su beneficio, es justo que se le agasaje, más todavía que por lo que en aquella representación haga, por sus anteriores merecimientos.

Y no quiero abusar de la paciencia del lector, embadurnando papel con consideraciones que él se sabe hacer solo y retardando el momento de que saboree el exquisito manjar que le ofrece *el Maestro Estokati*. Haciéndolo

así, este *atrio*, *zaguán* ó *pórtico*, como ahora llaman al *prólogo* los poetas cursis, tendrá, á falta de otro mérito, el de la concisión, y habré seguido de paso el prudente consejo del inmortal Miguel de Cervantes, que dice: *sé breve en tus razonamientos*.

Aténgome, pues, á tan sabio precepto y termino diciendo: que el libro *Toreros del día*, es, en mi pobre opinión, la obra de *un buen literato* y *un buen aficionado á toros*.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.



¡GUERRA!...

¡Qué gran satisfacción para el crítico y para el biógrafo cuando se halla ante una de estas entidades artísticas que llenan con su extraordinaria fama una época en la historia de su arte. Artistas, á la sola enunciación de cuyos nombres corre la pluma con vertiginosa rapidez y desaparecen por encanto las blancas cuartillas llenas de letras y cifras, ahorrando largas disertaciones, distingos enojosos, gimnasia de la inteligencia y rebuscamientos de palabras; nombres mágicos que, cual hadas hechiceras, evocan con la composición de sus letras ó con la eufonía de sus sonidos mundos enteros en la región del arte. Así Murillo simbolizó celes-

tiales visiones de angélica belleza. Jorge Manrique, corriente caudalosa de poesía lírica. Donizzetti, tesoro de melodías incomparables. La Patti y Gayarre, duos sorprendentes de alondras y ruiseñores; y *Guerrita*, filigranas arrobadoras de arte taurino.

Naturaleza privilegiada la de Rafael para el ejercicio de la lidia; inteligencia clarísima, educada en el vasto abrevadero adonde se juntaban las corrientes cristalinas de *El Gallo* y *Lagartijo*, surgió, mozo aún, deslumbrando con aureola brillante de banderillero, en la plaza de Madrid, á las órdenes del primero (1882), para ser luego lugar-teniente del segundo (1885).

Desarrolladas sus excepcionales condiciones en esta doble etapa de su vida taurina, llega muy joven á la investidura de la alternativa (1887), y en tal plenitud de facultades, que ya elevado sobre el nivel ordinario se complementa y perfecciona con la práctica de matador, al extremo de oscurecer glorias pasadas y eclipsar á los astros más lucientes.

Los anales de la historia del toreo no re-

gistran condición taurina semejante, por la generalidad de conocimientos y medios de exteriorización; y si rebuscando en sus páginas con imparcialidad crítica pueden hallársele émulos y rivales quizás superándole en suertes determinadas, todos palidecen y se borran cuando en conjunto con él se les compara. Así, la tauromaquia podría simbolizarse en frondoso árbol de ramas lozanas—los toreros maestros—cuyo tronco, que todas las abarca, es Rafael Guerra. En él se destacarían, seguramente, *El Espartero* y *Frascuelo*, matadores verdad. *Lagartijo* y *El Gordo*, toreros excelsos. *El Tato*, maestro en el volapié, y *Desperdicios*, que lo fué en la suerte de recibir. *Cayetano* y *Curro*, excelentes con la capa, y *Cara-Ancha*, último mantenedor de la escuela clásica. *Montes*, *Pepehillo*, *Costillares* y *Redondo*, las cuatro columnas del toreo antiguo, y con los que se compuso el grandioso edificio del arte español por excelencia; de todos los cuales es síntesis, resumen y compendio, Rafael Guerra, *Guerrita*.

Sin otro estímulo que la afición, este fe

nómeno de la torería contemporánea, ha ejecutado cuantas suertes son recomendables á un torero de á pié, sin exclusión de la desusada *de recibir*; pero sobre todas las suertes naturales en cuya ejecución alcanzó mil veces palmas entusiastas, estaba su inventiva, que le sugería de continuo esas minucias, que son el estilo propio del artista consumado; perfiles que destacan su fisonomía del océano de los vulgares.

Recordarlas es difícil; enumerarlas, fuera enojoso; los espectadores de sus faenas harán memoria de ellas.

Analizar á este torero, fuera prolija empresa; y números enteros de *Sol y Sombra* (1) no bastarían á historiarle. Yo renunció á ambas cosas, más propias del libro que del semanario, y me limito á bosquejar al diestro y al hombre.

Este es esbelto y garboso de cuerpo; simpático y expresivo de rostro; vivo de imaginación; agudo de inteligencia; fácil—aun-

(1) En preparación al determinar su retirada el célebre torero en Octubre de 1899.

que tosco—de expresión; leal en sus afectos, sincero en su trato, expansivo en la amistad, sobrio en la vida y cariñoso en el hogar; agradece los favores y olvida las ofensas, llegando esta última noble cualidad á tal extremo, que á su sombra protectora se cobijaron—malogrado su ídolo—muchos esparteristas, que en otro tiempo le hostigaron con parcial saña.

Dirigía, como torero, no solamente la lidia, sino las combinaciones de empresas; la venta de ganaderías—muchas de las cuales le debieron su prosperidad, y el ajuste de diestros, justificando el axioma: *quien á buen árbol se arrima...* Como particular, rige y administra sólo su casa y extensas propiedades, representativas de un capital de millones; vela por el bienestar de sus parientes; sirve con su influencia amigos y conocidos; protege con decidido empeño á necesitados, y su gestión, que se extiende cual lluvia bienhechora sobre Córdoba, su país natal, llega hasta las altas esferas de Madrid, donde cuenta con valiosas amistades y personales simpatías: *Guerrita* vistió siempre el

clásico traje corto; no adereza su persona, y trato con nada exótico ni afectado, y es, en fin, el prototipo del torero, lo que presta á su fisonomía social singular atractivo.

Su casa de Córdoba, suntuosa y propia, era en feria de Mayo competidora de la Meca de Occidente, que allí levantó Abderrahman, en el número de *creyentes* que la visitaban. Otro tanto acontecía en feria de Abril de Sevilla—en el Hotel de Roma, donde se hospedaba—era visitado por media población y por los forasteros más significados; aristócratas de gran alcurnia, ganaderos de fuerte capital, empresarios de iniciativas, aficionados de todas las clases, se daban allí cita, y le rodeaban.

Otra feria donde tuvo gran recepción, era el «Corpus de Granada;» ha sido el primer torero á quien ocurrió alojarse en la Alhambra; y allí, á la puerta de Siete Suelos, descansaba de las fatigas de la lidia. Artista y poeta nativo, le encantó el vergel granadino; y en prueba de ello, recuerdo la gráfica frase con que me invitara un año á acompañarle: «Vente allí, y estaremos á gusto unos

días en la Alhambra.» La *Concha*, de San Sebastián, gozaba también de su predilección, y allí le acompañaban en verano su encantadora esposa, la angelical Dolores—angelical por el rostro y el carácter—y sus hijos.

Después de las *sesenta ó setenta*, volvía á Córdoba, y se pasaba el invierno en su finca de *Las Cuevas*, haciendo cortas estancias en la capital.

En prueba de su exacto juicio de las cosas, relataré un incidente de la penúltima feria de Córdoba. En la segunda corrida fué á poner *dos pares á un tiempo*, resbaló, y cayó en la cara, causándonos la natural inquietud. Concluída la lidia, fui, como de costumbre, á su casa, y apenas me vió entrar, llenó una copa de Jerez, é hizo ademán de dármele; pero yo, con tono desabrido, le dije: «Déjame de vino, que contento me tienes; pues no estás *tú* este año *peor* que un novillero, y empeñado en darnos un susto;» entonces, con sonrisa maliciosa, contestó alargándome la copa: «Pero tú crees que si esto *fuera siempre de jonjana* se ganaría la

luz que *mos* dan... tóo tiene sus quiebras, y esas son las quiebras del oficio.» Tuve que darme por convencido, y beberme el Jerez, marca Cámara.

Su conocimiento de los hombres asombra al más avezado al trato social; distingue entre sus extensas relaciones á Tirios de Troyanos, y, como el difunto Gayarre— con quien tiene puntos mil de contacto y semejanza—*sabia* muy bien quién lo trataba y buscaba por cariñosa solicitud, quién por personal interés ó por la vana satisfacción de *pintar la cigüeña* al lado del gran torero contemporáneo. Su posición independiente le permitía alardear de una franqueza genial, y de vez en cuando le ponía un *par de fuego* sin inmutarse al lucero del alba.

Este era el torero y éste es el hombre reproducido por la instantánea con placas de 14×18 .

Mi trabajo sólo ha consistido en revelarlas á la vista del público.

Abril de 1898.

D. LUIS MAZZANTINI Y EGUÍA

Fué la improvisación taurina más resonante de la época contemporánea. Surgió de la clase media social, con hábitos y costumbres de persona educada, sin que su extracción, superior á la general de la torería, empeciese á su desmedido arrojo, que desde el primer día le atrajo la atención pública.

Usó del traje de luces como ornamento del oficio; pero aclimató en su clase la indumentaria que le era familiar, y llegó á compaginar con el oficio el uso del *smoking* y el *frac*, no usándolos *per accidens*, sino tan á diario, que uno de sus retratos más reproducidos en litografía le representa *en grande tenue*.

Impuso la moda del guante suelto en la mano; sombreros y cazadoras tomaron su nombre, y fué el hombre y el artista del día en Madrid y en provincias.

La arrogancia de su cuerpo bien proporcionado y la hermosura de su rostro—bien manifestado en un retrato del año 1885—le hicieron el torero de las mujeres, y éstas, por platonismo, lo impusieron pronto á la mitad masculina de la afición.

Su estatura, sus facultades físicas y su pundonor le facilitaron de tal modo el dominio de la suerte suprema, que se le citó cual prototipo de matador: su afición creciente le hizo dominar hasta cierto punto la lidia de reses bravas, pero sobresaliendo siempre cual estoqueador, distinguiéndose como director por la cualidad de hacerse respetar en el ruedo y por su actividad más manifiesta en *quites*, en los que mereció grandes ovaciones por su oportunidad y habilidad.

Si el torero se *colocó* de esta suerte en la primera categoría, el hombre se mantuvo siempre á la mejor altura; empresas y ami-

gos hiciéronse lenguas de su rectitud y dignidad; *Mecenas* de artistas, hizo de su casa un museo; emprendedor, se jugó varias veces su fortuna—ya en la empresa del Real, ya en la de la plaza de Madrid—rehaciéndola siempre, sin menoscabo de sus prestigios con su esfuerzo personal como torero.

Es el diestro más importante—aparte la excursión de Guerra á la Habana—que ha visitado las Américas, Montevideo, Méjico y la Habana le aplaudieron y ovacionaron con él la fiesta nacional española.

Hombre influyente, apoyó la candidatura á Cortes del malogrado Isaac Peral por el Puerto de Santa María (donde reside y se ha afincado); *amateur*, representó en los teatros para fines benéficos, y en toda ocasión justificó el *don* con que su nombre ennoblecido figura en la tauromaquia española.

No lo trato, y por esto mis asertos, que no pasan del *relato referido*, han de tener absoluto valor, pues son eco de la voz pública, y *vox populi voce dei*.

Aquellos arrestos de valor con que se im-

puso á la afición; los fué amortiguando el tiempo, que á la vez fué apagando los fuegos femeninos encendidos por su guapeza y arrogancia; pero no puede decirse que perdiese jamás el terreno firme, pues al lado de los primeros mantuvo la precedencia de alternativa, y figura aún en las primeras combinaciones y como director de lidia en la plaza de Madrid y todas las de España.

Como estilista taurino es muy deficiente, dejando por igual modo mucho que desear en el manejo de la capa y de la muleta; siendo antiartístico en el quite que llama un mi amigo *del columpio*, por el balanceo del capote, y abusando mucho de los telonazos y medios pases; pero en cambio, como matador es uno de los toreros que con más facilidad *echan carne abajo* y de los más perfectos en la ejecución del volapié, sobresaliendo tanto en la suerte privativa del *Tato*, que, como aquél, merece el dictado de *rey del volapié*.

En la *colocación*, en el *cruce* y en la *inclinación* mide tan bien los *tiempos*, que llega siempre sin esfuerzo al morrillo, y sale con

limpieza y facilidad del terreno del toro después de consumada la suerte. Pero al tirarse se distancia mucho.

De aquellos apasionados *enragés* de los buenos tiempos, ya quedan pocos á D. Luis; pero los que le restan son exclusivistas con exclusivismo tal, que los hace intransigentes y á diario representan en círculos y reuniones el papel de aquel litigante que cuando se encontraba con alguien, le decía:

—¿Hablaba usted de mi pleito? Pues aquí traigo los papeles.

Estos partidarios de Mazzantini no son aficionados propiamente dichos, sino *amateurs* platónicos de la fiesta de toros; gente formal, eso sí, que se denigran de tratar con la gente *de coleta*, con excepción de D. Luis (que no la lleva) y es en usos y costumbres algo así como un torero *traducido del francés*.

Para ellos los *esparteristas* eran ilusos, los *guerristas* somos fanáticos, los secuaces de toreros nuevos son inocentes, y no hay más *gallo* que el de Elgóibar, recordándome cuando los oigo aquella sentencia del

personaje de una zarzuela popular: «*Alah es Alah y Mahoma es su profeta.*» Para este puñado de fieles, Mazzantini es el profeta de la torería española.

Sin llegar a tales extremos, fuera injusto desconocer la importancia de este torero que llena con su nombre página muy brillante de la historia del toreo contemporánea. Matador en el circo, *amateur* en el teatro, caballero en su trato particular, patriota en América, burgués en el hogar, amante de la familia y consecuente en la amistad, la figura de Mazzantini tiene un gran relieve que me complazco en reconocerle; y si el torero no satisface las aspiraciones de los exigentes en el arte, el matador no defrauda á las empresas ni aburre á los públicos, sosteniendo, tras cerca de cuatro lustros de ejercitar el arte, en un ocaso lucido, los entusiasmos del público y la benevolencia de la afición.

La plaza de los Campos Elíseos, de Madrid, le vió torear por primera vez, y nació en la villa de Elgóibar el 10 de Octubre de 1856.

Es el más antiguo entre los toreros en ac-

tivo, toreando por delante del Guerra, y su retirada del toreo en día no lejano será el pase á honrosa escala de reserva de un soldado valiente y decidido que ha luchado en mil lides y vencido muchas veces, y que al aparecer en el estadio taurómico parecía traer por lema el del triunfador César: «*Veni, vide, vincit.*»

Marzo de 1899.

«LAGARTIJILLO»

Ó EL AHIJADO DEL «FRASCUELO»

Gran solemnidad tuvo la confirmación de este diestro, natural de Granada, como su padrino—el inolvidable *Frascuelo*,—y el pueblo de Madrid no la olvidará fácilmente.

Era el 24 de Mayo de 1890; el torero de Churriana, que era el torero de Madrid, aquel cuyas graves cogidas interesaban á las personas reales como á los hijos del pueblo, el bravo, el pundonoroso, el desinteresado Salvador Sánchez, se retiraba del campo de sus lides y de sus victorias, y se despedía de los madrileños, dando la alternativa á su paisano Antonio Moreno (*Lagartijillo*) en aquella tarde memorable en que *Guerrita banderilleó solo los toros del maestro*, y *Ba-*

dila picó y colgó rejoncillos á caballo, y el anciano puso á prueba su valor en las postimerías de su arte.

Con decir que el discípulo dejó airoso al maestro he dicho lo bastante en loor del torero granadino. No voy á seguir paso á paso sus progresos taurinos hasta consolidarse en uno de los primeros puestos entre los matadores contemporáneos, y tan solo diré que es entre los *regionales* el más hecho y mejor equilibrado; y llamo regionales á los que por sí solos representan una provincia, como *Villita, Litri, etc.*

Su historia está comprendida en el paréntesis que media entre el 24 de Mayo de 1890 y el Corpus de 1899, última fecha en que le ví torear en Granada entre el coloso *Guerrita* y el primoroso Fuentes.

Con estos dos datos tendrá la historia bastante para aquilatar los méritos de Antonio Moreno.

Juzgado cual matador, estiman los granadinos (y con ellos muchos aficionados) que tienen hoy por hoy al mejor... pero sus paisanos mismos que le *jalean* tanto, son

muy severos con el torero, y le llaman *basto*. Ellos quisieran ver en su diestro local las finuras de los cordobeses y las alegrías de los sevillanos, conjuntamente con la facilidad de estoqueador que tiene *Lagartijillo*; pero entonces no sería un torero entre los buenos, sino que fuera de los mejores.

Le censuran también su desigualdad, y en esto llevan ya más razón; porque es caso raro el que se dá con este diestro: á veces pasa con seguridad de maestro y castiga mucho con la muleta, y otras se embarulla y desluce como un principiante, aunque á este extremo no llega felizmente sino pocos días.

Sintetizando mi juicio crítico del matador de toros Antonio Moreno, diré que le considero buen estoqueador, porque entra al volapié á ley, de cerca y sin reservas, con lo que consigue general acierto al herir; lidiador nó lo es; si bien hay que concederle—falta de elegancias y adornos—cierta maestría en el manejo del percal y de la muleta, que completan lo bastante su personalidad taurina para que pueda codearse con los primeros espadas que alternan en redondeles.

No trato á *Lagartijillo*—porque un saludo de cortesía repetido muchas veces no representa amistad ni conocimiento—y por tanto, han de faltar en estos apuntes esas minucias personales que amenizan para el lector profano esta serie de trabajos pseudo-*taurinos*.

Es Antonio *moreno* fuerte y robusto, un tanto lleno de carnes y agraciado de rostro, de mediana estatura y simpático.

Le tengo por hombre serio, que con la afición á su trabajo poco á poco se ha labrado una posición taurina y particular.

Ni sonó nunca su nombre en ridículas rivalidades, ni lo *bombearon* los papeles, ni se lo disputó la afición con denuestos é interjecciones; pero el público lo vió siempre con gusto, y la crítica seria calificó de *frascuelinas* muchas de sus estocadas... y este calificativo le compensó de muchos trabajos y penalidades. No todos han llegado á esto.

Que sus dotes morales son excelentes, lo probó la manifestación que sus numerosísimos amigos de Madrid hicieron con ocasión de su boda... que tuvo el carácter popular

de un acto público. Las *revistas* en boga reprodujeron en su día la comitiva y el pueblo, en la casa de la novia y en los *Viveros*.

Lagartijillo ha venido toreando un término medio de cuarenta corridas.

En adelante elevará la cifra de sus ajustes... porque lo merece, y á río revuelto... *Lagartijillo* es uno de los toreros que *pescan con mejor caña*

Su *Corpus* de Granada, ese no ha de faltarle; ni él lo abandonaría por nada: es allí tan *de cajón* como las *tarascas* y las *barretas*, y base precisa en la combinación del cartel taurino. Con que mate siempre como al primer Miura de la última corrida de la pasada feria, su cartel de Granada será eterno, y no admitirá otro competidor que el cartel de desafío del moro Tarfe.

Febrero de 1900.

UN MINUTO... SIN SEGUNDOS

Así como la hora se compone de sesenta minutos, el minuto se forma con sesenta segundos: en la división del tiempo es éste una reducción proporcional de aquélla; en la forma externa de la esfera es una disminución.

Pues bien; hay, á pesar de esto, un *minuto* sin segundos: Enrique Vargas.

Por lo pequeño ó por lo vivo, ¿quién lo sabe? Lo apodaron así sus paisanos, y ha llegado á ser una nota saliente del toreo contemporáneo, constituyendo, ya que no escuela, estilo propio y personalísimo.

Es vivo de imaginación y de movimientos; es flexible como el reptil, rápido como

la ardilla, ligero como una pluma, valiente como un jabato, alegre como unas castañas, malicioso como un campesino, hablador como un sacamuelas, diplomático como un cortesano, gracioso como un *clown*, travieso como un chico y simpático como él solo.

La primera vez que toreó con Guerra—que fué en Castellón—preguntamos á Rafael:

—¿Qué tal *Minuto*, qué te ha parecido?— y nos respondió:

—Es un fenómeno que lo quiere hacer todo; á mí me hizo trabajar lo que sé. -Sin comentarios.

«San José y el Niño», decía el público al verlo salir en el paseo con Mazzantini, y el simil era exactísimo.

—¿Cómo los mata?—se preguntaban los espectadores, viéndole tumbar un *pavo* de Anastasio Martín, un *camello* de Moreno Santamaría ó un *dromedario* de Torres de la Cortina.

—Pues con un tranquillo—respondían los aficionados mientras aplaudían á rabiar el tranquillo, porque es de oro.

De *el Gallo* recogió con buen acuerdo el cambio de rodillas; con *Guerrita* torea á la *limón*; con Fuentes coge banderillas; se *arrima* con *Reverte*, y hace quites con *Maz-zantini*, y especie de Tenorio taurino, parece haber escrito en su cartel:

Aquí está D. Juan Tenorio
y no hay hombre para él.

Su toreo alegre, bullidor, movido, como su carácter, alcanza tantas *palmas* de los espectadores como adornos, floreos y quiscosas ejecuta.

En Madrid tardó en imponerse como matador; serio en corridas formales: su procedencia de la cuadrilla de *Niños Sevillanos* (de que con *Faico* fué el alma) no le recomendaba á la afición seria; sus jugueteos *hors d'art* le desautorizaban para con los rigoristas; luego, el percance que sufrió en la tarde de tomar la alternativa—hiriéndose con el estoque al tiempo de brindar—retrasó la manifestación de su arte, de sus proezas y de sus gracias.

Estas no triunfaron hasta las medias co-

rridas del año 97; pero entonces triunfaron en toda la línea al extremo de llenarse la plaza cada tarde que toreaba—de combinarse cartel para Aranjuez con *Guerrita* y con él, y de concedérsele puesto en el abono del corriente año.

Los Puertos habían siempre mostrado sus preferencias por este torero, que en Málaga, Algeciras, todo Levante, y Barcelona y Valencia, tenía muchos y entusiastas partidarios, y toreaba á buen precio gran número de corridas; la sanción de Madrid ha aumentado éstas, y las plazas francesas de Beziers, Toulouse, Arlés, Marseille, Nimes, etc., han venido á elevar el contingente.

Sus cogidas no fueron nunca graves; él lo explica de manera muy peregrina.

—Como soy tan chico y tan delgado—dice—rara vez ve el toro el bulto, y, si lo ve, cuando lo busca ya no lo encuentra. Además, yo boto como de goma y caigo del testuz á la arena sin detrimento; mi secreto en esto de las cogidas es no llevar al toro—que es siempre voluntarioso, aunque sea manso—la contraria. Que le empitona á

uno, pues salirse del cuerno *con disimulo*; que le arrolla y le tira, pues rodar con ligereza hasta que le pierda de vista... y total nada.

Esta teoría semijocosa, basada en sus especiales condiciones físicas, tiene su fondo práctico.

Es *Minuto* el primero y más ameno *causeur*, entre la gente de coleta, de tan chispeante ingenio y gracia tan exuberante, que hace honor á la fama del andaluz y más especialmente del sevillano. La Puerta de la Carne lo vió crecer, y desde muy niño en la ya citada cuadrilla se ejercitó en el arte del toreo con afición y entusiasmo no superados; sólo así ha podido suplir físicas deficiencias convirtiéndolas á su favor en el peculiar estilo de toreo que le es privativo.

Más formalizado ya por los años, contrajo matrimonio en 1893—con una sevillana neta, llamada Angelita, y que lo es de figura y genio—de quien tiene una chiquilla que es una mónada y constituye su paternal encanto. Verdad que el pimpollo ha heredado con la belleza de la madre la viveza del padre,

y es un fenómeno de gracia y de donosura.

La ratonil travesura de *Minuto*, que no le deja parar un instante, le hizo acudir á la *corrida nocturna* improvisada en las calles de su barrio por una res descarriada, que hizo varios entuertos en una madrugada del invierno anterior. Allá fuese *Minuto*, salido precipitadamente del lecho al oír el tumulto, en mangas de camisa, y armado de trapo y estoque dió muerte al bueyaco, evitando quizás mayores desavíos.

El expediente instruído para concederle por esta lidia filantrópica la Cruz de Beneficencia, no ha prosperado. ¿Cómo había de prosperar tratándose de un torero? ¡Si fuese un concejal del excelentísimo, ó un alcalde de *monterilla*, ya hubiera sido distinto!

Sin esa cruz, por él, más que por otros merecida, *Minuto* es una figura popular en Sevilla y simpática en todas partes, y un torero de cuerpo entero y de tamaño natural, sino que nos hemos acostumbrado de antiguo á verlo con los cristales de los gemelos puestos al revés, y por eso nos parece *chico*.

Noviembre de 1898.

BONAR, BONAL

Ó «BONARILLO»

Un chico era Paco cuando ya figuraba en la cuadrilla de *niños sevillanos*, y niño sobresaliente debía ser, cuando un torero de los conocimientos de *Lobito* lo llevó á poco á Méjico, formando parte de otra cuadrilla infantil que ha sido plantel de notabilidades, y en la que nuestro á la sazón, precoz torevito, actuó como espada, sobresaliendo de entre los demás por su arrojo y arte.

Volvió *Bonarillo* de América para mostrarse tan desenvuelto y perfeccionado, que apenas toreó tres novilladas, fué el *novillero del día*, compitiendo en arrojo y venciendo en arte al otro *lion du jour*—Reverte—con

quien compartió las palmas y los trabajos en todos los circos de España.

La cogida que sufrió en la plaza de Aranjuez el 30 de Mayo de 1891, en famosa corrida, á la que asistía como espectador, pasando á ser actor y protagonista, por cesión de *Lagartijo*, al lidiarse el sexto toro del Duque, llamado *Lunares*—que le infirió una grave herida en la ingle—le dió gran notoriedad, y se la confirmaron sus faenas de medio espada en las corridas efectuadas en la plaza de Madrid en la misma temporada.

Tan brillante campaña dió por inmediato resultado el acto de tomar la alternativa, la que recibió de manos de Mazzantini en la citada plaza de la corte el día 27 de Agosto del mismo año.

Difícilmente olvidaremos al *Bonarillo* de aquella tarde, pues con ser tantas y de toreros de tan diversas aptitudes las que hemos presenciado, ninguna alternativa dejó en nosotros tan grato recuerdo. No parecían el maestro y el neófito aquella tarde, sino *dos maestros* que rivalizaban, porque el joven diestro sevillano, si cumplió como

matador con el estoque, lució con la capa y con la muleta todos los adornos del buen arte; verónicas, largas, quites ceñidísimos y pases de pecho, altos y redondos, todo ejecutado con el aplomo y la suficiencia de un torerazo y con la elegancia de un artista.

Es desigual *Bonarillo*—he de confesarlo—juzgado á la larga como matador en varias corridas; pero analizado su trabajo aisladamente, sobresale tanto cual torero que fuera injusto no colocarle en primera línea.

Bonarillo, se distingue más principalmente por su *toreo fino*, del que apenas hay ya en nuestros ruedos—aparte del egregio cordobés *Guerrita* y del clásico sevillano Antonio Fuentes—media docena de toreros que lo ejecuten con regular éxito; los demás, *con* y *sin* alternativa, son matadores afortunados y toreros de suerte; pero apenas tienen nociones del buen arte de torear, en la acepción restrictiva de la palabra.

¿Por qué es desigual un torero que sabe tanto? preguntarán los lectores, y aun á trueque de lastimar el amor propio de *Bonarillo*, voy á decirlo: Porque es apático.

El natural bondadoso del hombre, se manifiesta en el torero en una *dejadez*—permítaseme la frase—que le perjudica notoriamente. No es el estudiado propósito del decalente que va *á cobrar y concluir pronto*; es la desconfianza lo que coarta á veces los vuelos de este diestro. Esta observación la tengo hecha más principalmente en la plaza de Madrid, donde más luciera en sus comienzos, y á la que dijérase que *Bonarillo* le ha *tomado asco*, pues parece que tiene para él, en los últimos tiempos, fatal *jettatura*.

Si como torero es *Bonarillo* una filigrana, como hombre es de *mazapán*, como *juerguista* ha sido un *vendaval*. Pocos amigos más expansivos, pocos hombres más desprendidos, pocos artistas más modestos que el torero *Bonarillo*. La *buena pasta* que revela el semblante de *Bonarillo* está manifiesta en todos sus actos; la rusticidad de su conversación tiene todos los encantos de lo silvestre; dijérase que trasciende á romero y tomillo; contraste singular el de Paco con estos toreritos de nuevo cuño, que presumen

por la calle de las Sierpes, balanceando las caderas á lo *bella chiquita*—lastimosas afectaciones de hombres por otros conceptos apreciables—En *Bonarillo*, muy al contrario, todo es naturalidad y sencillez, franqueza y á veces... hasta rudeza.

Su última excursión á América—donde volverá presto—dejó bien cimentada su reputación en las plazas de Méjico, y entre otras corridas de la Península y Mediodía de Francia, toreadas por él en el último verano, las de Murcia y Zaragoza, la ratificaron aquí.

Tanto se distinguió en la corrida celebrada en la capital aragonesa á beneficio del matador de toros Juan Ruíz, *Lagartija*, que fué ajustado para una de las que se efectuaron en las famosas fiestas del Pilar.

Así describe un colega taurino sus faenas de entonces.

«*Bonarillo* trasteó al segundo de Aleas desde buen terreno y con inteligencia, dándole pocos pases, que era lo que el animal necesitaba.

Estoqueando, dejó una corta en todo lo

alto de las llamadas rafaelinas, arrancando muy bien á matar.

Con buen arte toreó también de muleta á su segundo (quinto de la tarde), y las dos veces que entró á matar hirió en los altos, oyendo muchos aplausos y recogiendo sombreros y algún veguero al terminar su faena.

En la brega se mostró tan activo (¿?) como lucido, haciendo todo lo que las condiciones de las reses le permitieron.

En el quite que con un coleo le hizo á *Decidido* en una caída al descubierto en el toro cuarto, tan superior como oportuno.

En general, *Bonarillo* satisfizo á la afición.»

Tan luego como *Bonarillo* vuelva de lleno á figurar en las combinaciones de las plazas españolas y torne al redondel de Madrid—donde esperamos deseche la *jettatura* de pasados días, para mostrarse el *Bonarillo* de la tarde de su alternativa—reverdecerá sus laureles, como cuadra á tan excelente torero, á una, mil veces celebrado, por los críticos y los públicos más exigentes.

Enero de 1899.

¡NO TE TIRES, REVERTE!

Me parece que le estoy viendo en aquellas novilladas de la canícula de 1891, en que se revelase, y por las noches acompañado de Rodas (su banderillero de confianza) ocupando una de las mesas de la derecha, entrando por la calle de las Sierpes, del café Nuevo Mundo.

Recuerdo muy bien su primera chaquetilla corta, de terciopelo color marrón, poco más obscura que el cutis de su rostro atezado que, con serlo, es cara de virgen.

No es el cuerpo gallardo ni airoso, que si lo fuera, cual digno pedestal del rostro, sería Reverte una hermosura varonil extraordinaria: tan correctas son sus líneas clásicas, tan negros sus ojos rasgados de mirar hondo y su ensortijado cabello...

Así y todo, sin garbo ni apostura, su cara *gitana* ha contribuido muy mucho á su popularidad.

Buena prueba de esto es la letra de la famosa seguidilla que reproducimos, y cuyas notas invadieron un tiempo la ciudad de Sevilla, ya arrancadas por dedos finos á las teclas de marfil del piano, ya arrojadas por el manubrio al aire callejero y cantadas doquiera, en los corros de los niños y en las reuniones de las mozuelas, como la nota vibrante de la vida sevillana.

¡Gran privilegio éste de las celebridades taurinas, que pasan en un día de la sombra del hogar ignoto al sol del caldeado redondel, y como el sonido en alas del aire vuelan sus nombres en brazos de la fama hasta invadir el espacio repercutiendo en él. Reverte fué un novillero de mucho *tronio*; las plazas se llenaban á su paso triunfal; la de Madrid rebosó muchas tardes seguidas; allí, en la competencia con *Bonarillo*, él fijó la atención del público y recabó para sí todos los entusiasmos!

En Almería, en Cádiz, en Málaga como

en Bilbao y en Santander, se ganó pronto las simpatías; y de unos en otros recorrió *en brazos de los entusiastas* todos los circos de España. Sus «recortes» con el capote al brazo, que yo denominé *revertianas*—calificativo que me hicieron el honor de aceptar otros escritores taurinos—levantaban salvas de aplausos; sus pares de banderillas al quiebro, arrancaban palmas; su toreo parado y ceñido entusiasmaba á la afición, y sus estoconazos por las agujas causaban delirios.

Este fué el *intróito* de Reverte en la afición; después, hubo de todo como en botica.

Y es que el celeberrimo novillero—tanto, que descontados Mazzantini y *el Espartero*, no hubo torero alguno que subiera tan alto y tan pronto—al convertirse en matador de toros, vaciló en el pedestal que sostuviera su figura taurina desde la tarde del 15 de Septiembre de 1892, en que tomase la *alternativa en la plaza de Madrid* de manos del sin par *Guerrita*.

El papel Reverte se ha cotizado en la bolsa taurina como *las cubas*, con tales osci-

laciones, que ya prometía gran lucro, ya amenazaba ruina. Temporada hubo (como la del 93) en que le sostuvieron en el cartel de Madrid sus banderilleros Rodas y Moyano—todas las tardes ovacionados;— él, tras torpe y apático en la lidia, hería por aquel entonces siempre bajo. Después, en siguientes temporadas, surgió con nuevos bríos y mayor acierto, llegando al apogeo de su gloria en la del 96, cuando tras faenas sensacionales por lo ceñidas y paradas, daba estocadas soberbias—entonces el papel Reverte subió varios enteros y se cotizó de nuevo con *prima*.

Y así, excitando entusiasmos y mereciendo censuras, entre desahogos de la Pretel (1) y protecciones del Duque (2), se fué consolidando este torero espontáneo en quien la agilidad es nula, la inteligencia taurina poca y el arte muy escaso, pero el

(1) Que le regaló un capote de paseo muy *cacareado* por la prensa.

(2) El de la Roca, que le ajustó para todas las plazas de que fué empresario en 1897.

valor es temerario. Hoy está ya *colocado*, para usar un aforismo de la gente torera.

Estoy escribiendo con absoluta imparcialidad crítica que me impone estas declaraciones concretas; por lo demás, el buen juicio del leyente debe suponer que algunas cualidades privativas concurrirán en este torero cuando tras los vaivenes de su reputación taurina *torea sesenta*, y del peligro constante de su toreo inconsciente sale ileso; verdad que le defiende generalmente la circunstancia de *entrar* distanciado, pues de otra suerte, con la ninguna salida que da á los toros, fuera siempre cogido en la *reunión ó encuentro*.

Apuntemos, á fuer de imparciales, estas condiciones coincidentes que han hecho del novillero de Alcalá del Río uno de los primeros en la *terna* de matadores *en activo*, por este orden Mazzantini, Guerra y Reverte, en antigüedad de alternativa, y Guerra, Mazzantini y Reverte en la inversión del juicio público.

La serenidad ante los toros es su primer cualidad: su figura con la muleta plegada—

preparado al cambio con que comienza muy frecuentemente sus faenas—ya predispone en su favor al público porque sin ser esbelto, ni garboso, es simpático, y dicho queda que el busto es por demás artístico.

Es indudable—viéndole en esos momentos, en algunos *quites*, y pinchando—que hay en Reverte algo así como una reminiscencia de Manuel García—quizás á esto se deban su auge y simpatías—sino que aquella entidad taurina estaba más perfectamente compensada que ésta. También se parece al *Espartero* en *lo duro para la pelea* y en lo perseverante. Algo así como una suficiencia interna que escapa al análisis crítico de los que aquilatamos el arte, sostienen á Reverte en sus derrotas y le acompaña en sus triunfos; en unas y en otras, parece *imperturbable*.

Aconsejábale yo hace poco tiempo algo referente al buen arte—que justo es consignar oyó con modestia y aprovechamiento—y Reverte, que de torero, como de todo, tiene ideas muy propias y peculiares, me dijo:

—Cada torero tiene su *estilo*; yo, con los toros *quedados*, no tengo defensa: necesito «toros bravos que *se me vengan*».

En este razonamiento se sintetiza la calidad taurina de Reverte con más precisión y claridad que en largas disertaciones críticas. Torero improvisado y matador felicísimo, tiene su *manera privativa* ajena á reglas del arte y distinta de los toreros *de escuela*.

Estos—y el matador de Alcalá del Río no debe ignorarlo—han de saber dar á cada toro *su lidia*, y en salir airosos del empeño dentro de la relatividad de las condiciones de las reses consiste la excelencia torera, porque las excepciones no pueden constituir la regla; de otra suerte, el arte de torear vendría á ser presto patrimonio de cuantos poseyeran el tranquillo de *tirar carne abajo...* de *matarifes* más que de *matadores*.

Como particular, poco voy á decir de Antonio Reverte Jiménez (aunque le trato desde que tomó la alternativa); su carácter retraído, ensimismado, le reserva toda nota singular: le tengo por observador, y paré-

ceme de los que vulgarmente se dice *que tienen más por dentro que por fuera*. Habita su pueblecillo natal, que aspira á convertir en feudo; y desde que es celebridad, permanece poco en Sevilla, donde tiene más conocidos que amigos.

Es, al decir de los que presumen de conocerle, serio y formal en su trato, pero poco expansivo y á veces ingrato é inconsecuente en sus afectos, lo que le resta naturalmente simpatías y partidarios.

¿Y para qué los necesita ya el rústico labriego de ayer—Reverte fué mozo de labor en fincas de la familia Garrido—afincado hoy en su pueblo nativo y cubierto el cuerpo de brillantes?..

El pensará, con la *gramática parda* de sus paisanos por Evangelio, que amigos y aplausos pasan y se desvanecen como el humo en el aire, y que sólo *obras son amores*...

Sus amores son los terrones de sus fincas y los brillantes de sus joyas.

Noviembre de 1898.

FUENTES... DEL ARTE Y DE LA ELEGANCIA

Es sevillano y no ha cumplido los seis lustros.

Su rostro atezado lleva el distintivo de esta raza andaluza, requemada por el sol de Mediodía.

La *Giralda* prestó la esbeltez y compostura á su cuerpo, que se pára ante los toros con igual coquetería con que la *Torre del Oro* se posa ante el cristal del Guadalquivir.

Hace media docena de años, nadie le conocía. Es decir, vivía ignorado.

En las filas de *aficionados* que pululan de continuo por la calle de las Sierpes, se veía frecuentemente á un mozalvete que hizo primero *salidas* á los pueblos cercanos, y

más tarde toreó alguna novillada en los Puertos. Era Fuentes.

En Málaga le apodaron *Caleta*, como en Cádiz pudieran haberle llamado *Puerta de tierra*, ó en Sevilla *Eritaña*; pero debe á los malagueños gratitud por lo *sugestivo* del apodo local y por haberle aplaudido los primeros.

—¿Quién es Fuentes?—pregunté yo en Sevilla por aquel entonces. Nadie lo sabía. El joven Fuentes ingresó á poco tiempo en la cuadrilla del célebre *Caraancho*, y aquí empezó á hacerse notar como torerito elegante y aprovechado, que muy pronto sobresalió en ella. y en 1894 tomó la alternativa de matador de toros en la plaza de Madrid.

Ya en una feria de Córdoba, me lo presentó y recomendó á mi afición taurina el Sr. D. R. M., de Málaga, hallándonos en la Fonda Suiza, de sobremesa, después de haber discutido acaloradamente entre plato y plato, un puñado de entusiastas de la fiesta española, entre ellos esparteristas *enragés*, como Urcola y Palazuelos, y este guerrista, muy servidor de ustedes.

¡Quién lo dijera entonces!

Hoy es Fuentes el primer torero de la *gente nueva*, y la esperanza verdad del arte, para el no lejano día en que el fenomenal *Guerrita* y el improvisado Mazzantini se retiren del toreo.

Ya lo he dicho antes; el porvenir de la tauromaquia es de los Antonios. Al santo casamentero ha de pedir la doncella española el novio que la lleve al ara de sus glorias taurinas.

Un año de aprendizaje bastó á Antonio para recoger de su maestro *Cara* la reliquia clásica del toreo de brazos, que sólo él conservaba, y aplicóse de tal suerte el imitador, que ayudado de mejores condiciones físicas y naturales—más estatura, esbeltez y elegancia—no perdió nada al pasar del maestro al discípulo, siendo Fuentes como *estilista*, y sólo en tal concepto, uno de los primeros toreros contemporáneos, gala de la escuela sevillana, y á quien los madrileños asignan repetidamente la herencia gloriosa de Cayetano.

Por eso no he exagerado al escribir cual¹

epígrafe de esta instantánea *Fuentes... del arte y de la elegancia.*

Es verdad que ha debido costar poco trabajo á Antonio el aprendizaje de José, porque sin desconocer que de él aprendiera lo mejor que sabe—á poco que nos fijemos en su cuerpo esbeltísimo, en la natural colocación de los brazos, en el busto, en la prolongación del talle, en la longitud de las piernas, en el garbo y hechuras innatos, tan marcados en él, que siendo naturales parecen supuestos y afectados en la calle y hasta en el redondel—apreciaremos especiales condiciones idóneas para la suma elegancia de movimientos que requiere el estilo clásico del toreo, y que lo colocan en condiciones ventajosas de ejecutar las suertes de capa, muleta y banderillas, en que sobresale con rara competencia.

Como matador, justo es consignar que no se halla el diestro de referencia á igual altura que como torero; bien por resabios de banderillero, bien por escasez de poder y facultad, ó por vicios de la colocación al entrar y salir de la suerte suprema, es lo cier-

to que aunque la ejecuta muchas veces con éxito, persigue aún su dominio y perfeccionamiento, cada día con más resultado, como lo probó en la corrida de seis toros anunciada el día de San Pedro próximo pasado en el circo matritense—que debió torear solo con el sabresaliente *Corcito*, encargado de matar el último;—y en la que sufrió cogida que le impidió dar muerte á los toros cuarto y quinto, y que así describió *El Imparcial*:

«Había Antonio Fuentes toreado muy bien de capa y muleta los dos primeros toros, empleando para matarlos faenas de torero clásico, elegante y adornado, terminadas con dos buenísimos volapiés, arrancando muy cerca y estrechándose de veras, y al despachar al tercero, *Perdigón* de nombre, —lo mismo que el toro que mató al pobre Manuel, *el Espartero*—entró Fuentes á volapié con tal coraje, que el bicho le alcanzó, enganchándole por la faja, campaneándole de un modo horroroso, arrojándole de un cuerno á otro, y por último, sobre el lomo del animal, donde se mantuvo algunos segundos para caer pesadamente á la arena,

mientras el toro rodaba muerto de la soberbia estocada que metió el diestro.

Éste se levantó, y obligado por los banderilleros fué por su pie á la enfermería con grandísimo trabajo y visible y penoso esfuerzo. Hubo momentos en que parecía que iba á desplomarse.»

Banderilleando es su estilo tan sobrio y artístico, y su habilidad tanta, más particularmente en el cambio—que en él es siempre cambio de oro, con premio de palmas—que si fueran á certamen, si no el premio, alcanzaría el primer *accèsit*.

Este es el torero; ahora, el hombre.

Es el trato de Fuentes ameno y agradable, sin carecer su conversación de ese estilo pintoresco del pueblo andaluz. Es exageradamente elegante en el vestir, y es reo entre la afición sevillana de haber importado el uso de la corbata, los trajes de forma inglesa y otros detalles de la *toilette* masculina de los señoritos: hay que hacerle la justicia de que no lleva mal estas modas, é importa consignar que no ha renegado del *traje corto*, al que en días solemnes dá la preferencia, rin-

diendo así pleitesía á la tradición .. y que lo lleva con mucho garbo.

Por lo demás, su lujo y sus alardes de elegante son aquí proverbiables; se viste tres ó cuatro veces al día como cualquier *gomoso*; frecuenta los círculos y reuniones de la afición más distinguida; tiene coche; y en joyas y en caprichos gasta un dineral.

Entre sus joyas, es del mejor gusto su esposa, una madrileña muy *chic*, que hace algunos años comparte con él la doble felicidad del torero y del hombre.

Visto de lejos, no tratándolo, predispone por lo presuntuoso y parece pedante, pues se *paronea* como pocos; y por lo erguido apenas hay arco que le deje paso, justificando aquel dicho de un amigo mío, que encontrándome en la calle de las Sierpes á raíz de haber Antonio tomado la alternativa, me dijo:

—¿Has notado lo alto que están este año los toldos?

—No me había fijado.

—Sí; los han subido media vara para que pueda pasar Fuentes.

Este mismo *observador* afirma que yendo una tarde por calle de Rioja, á distancia, detrás de Fuentes y sus amigos, en dirección á la Magdalena, al pasar por delante del establecimiento de muebles de Badillo, Fuentes se paró en firme, y mirándose en el cristal del escaparate... se arregló la caída de la americana.

Estos chispazos de presunción no empecen á las simpatías que Antonio se capta pronto de cuantos lo tratan, y solamente los consigno por lo gráficos y pintorescos.

Fuentes es un torero modelo, y un modelo de elegantes y de amigos.

Diciembre de 1898.

«QUINITO» O EL SR. JOAQUÍN

Nacido en Sevilla el 22 de Septiembre de 1874, Joaquín Navarro fué uno de tantos mozos arrastrados en edad juvenil por el canto de sirena de afición al ejercicio del toreo; y lo hizo tan niño, que el 87, abandonando ya el aprendizaje de ajustador á que sus padres lo *pusieran*, toreó en la infantil cuadrilla que regentaban *Faico* y *Minuto*. Dióse tan buena maña el principiante que, separado de aquélla, sostuvo buen pabellón de novillero alternando con los mejores, y manteniéndose en buen cartel desde el 87 al 92, en que *Caraancho* le diera la alternativa en la plaza de Ecija el 21 de Septiembre.

De sus habilidades de novillero fui testigo en la plaza de Sevilla en aquellas canículas tan famosas en los fastos del toreo, porque durante ellas se revelaron astros como *el Espartero*, *Reverte* y *el Algabeño*, y se formó y perfeccionó ese núcleo de toreros honra y prez de la escuela de Sevilla, á toda hora sostenida por maestros como *el Tato*, *Curro*, *el Gordo*, *Cara*, *el Gallo* y *Fuentes*, y siempre fecundo en esperanzas gloriosas, tales como *el Gallito*, *el Chicuelo* y otros en estado embrionario.

De este tiempo recuerdo un episodio que merece referirse. Concurría yo por los años de 1888 y 1889 á una reunión taurina que tenía su aposento en el Café Central, adonde acudían Carrasquilla (el chispeante revistero), Centeno (ya eclipsada su gloria), el joven Machío, el simpático *Colorín* y algún otro. Una tarde, hablando con un amigo de toreros, dije resueltamente:

—No hay en Sevilla torero más antipático que *Quinito*; es habilidoso, torea mucho y bien, pero es un *mal ángel*.

Un hombre que tomaba café en la mesa

contigua, y representaba unos cincuenta años, al oirme me dijo:

— Caballero, ¿ha tratado usted á *Quinito*?

— No, señor — le respondí.

— Pues cuando usted le trate verá que es muy bueno y simpatizará quizás; no tiene *mal ángel*, sino que es muy serio mi hijo.

Excuso los comentarios de mi gran plancha

Efectivamente, traté después á Joaquín y hube de rectificar mi impresión primera: es muy serio y formal... Y estas cualidades son en él tan extremadas, que contrastando con las expansivas alegrías del carácter sevillano, parecen defectos y previenen contra él.

— Si se torease con careta, *Quinito* figuraría en primera fila — oí decir otra vez á un andaluz ocurrente.

Y es el caso que *Quinito* tiene una arrogante figura y es bien parecido... pero esa condición aparente de su carácter le resta amigos y le merman simpatías.

Los que lo tratan con confianza, hacen justicia á sus buenas dotes de comportamiento, y los inteligentes á sus no comunes condiciones de torero.

En Méjico, donde ha realizado brillantes campañas (la última el 96, llevando al excelente banderillero Rodas), le llamaban «*el Guerrita de los toreros*»; y diciendo autoridades que Rafael ha encomiado mucho sus dotes y sus *maneras* de torero.

Algo tiene el agua cuando la bendicen, y debe ser cierto su mérito, porque sin *sonrisa* ni *coba*, ni *bombos*, ajusta sobre treinta corridas y entra en combinaciones de buenos carteles, lo que prueba que otras veces salió de ellas airoso.

Y en prueba de esto, recordaré las corridas de Valladolid, donde toreó con *Guerrita* y Fuentes; las de ferias de Algeciras, con *Guerrita*; dos en Toulouse, una con Mazzantini y la otra con *Bomba*, en todas las cuales quedó *superior* al decir de los revisteros.

Y ya es algo formar *quintello* con los citados diestros, que son de *primo cartello* entre la torería contemporánea.

Quinito es callado, modesto, respetuoso y económico; cualidades todas muy apreciables, pero con las que no se aguijonea la popularidad taurina.

El *coloso* de Córdoba, con serlo, tuvo muchos enemigos por la condición de seriedad de su carácter, lo morigerado de su vida y el método en sus costumbres.

¿Qué tiene de raro que este torero, que no ha sometido á la afición á sus plantas en espasmos de delirio, cuente con pocos amigos y escasos admiradores — su relativo mérito aparte?...

Nada; y la crítica seria debe tenerlo en cuenta para asignarle en la galería histórica el lugar que le corresponde.

Febrero de 1900.

FAICO

En esta época de rápidos ascensos é improvisadas reputaciones, cuando el arte del toreo lo espera *todo*, y lo obtiene *casi todo*, de hombres arrojados ó más bien temerarios que sin parar mientes en los medios llegan al fin, ó caen al vislumbrar la meta, jugándose la vida cien veces cada tarde, y convirtiendo cada corrida en curso de aprendizaje taurino, donde ponen de manifiesto, á la par de su buena voluntad, su crasa ignorancia; en el marasmo de ídolos que se levantan y de ídolos que caen, con el mareo que produce el favor público y el público desdén; cuando los mejores aficionados, ó los que lo parecen, se parten en dos bandos, no por la emulación de dos gigantes rivales, sino por

aferramiento á rutinarias tendencias, en medio de tales desaciertos y sorpresas es consolador el ejemplo de un torero que se va formando día por día y año por año, más atento á las reglas del arte que á la vocinglería de sus parciales.

Casi un niño era *Faico* cuando sorprendiera ya con su arte á los públicos de España y realizadas por él en edad tan temprana las proezas que hoy convierten á los novilleros en matadores de cartel, siguió toreando *en hombre* al frente de *niños* y, perfeccionadas cada día por la práctica del arte sus condiciones toreras, llegó á ser en la famosa cuadrilla de *Niños Sevillanos* el maestro verdad por todos respetado, y tan falto de émulos, que sólo un torero como *Minuto* pudo hacerle airosamente el *bis*, disolviéndola á poco de la separación de aquél, después de haberla sustituido con torerito tan compuesto: *Colorín*.

De *Faico*, *niño sevillano*, ya dijimos anteriormente.

«*Faico*, espigado y esbelto, con esbeltez

que presta elegancia á la figura, y la hace crecerse ante el toro—de grana y oro vestido—era algo así como una reminiscencia de *Guerrita* (el patrón de los toreros finos). Tiene 18 años, y más arte que un maestro; es osado con el atrevimiento de la poca edad, y parado con el aplomo de la experiencia. Es ágil de movimientos y exuberante de facultades; maneja muy bien el trapo, y banderillea con buen estilo. Su figura en el circo, de púrpura vestido, es una silueta artística y una nota de color brillante. Tan torero es su tipo, que si no llevase coleta ni vistiera taleguilla, Faico perdería su mayor atractivo.»

Por aquel entonces lo vió un torero célebre, á quien se atribuye esta frase: «Es un trozo de Rafael», aludiendo á Guerra, que ya gozaba de la hegemonía taurina en España. Después, en su corta campaña de *novillero suelto*, justificó Faico el renombre que alcanzara al frente de la disuelta cuadrilla de *niños*, dejando, entre otras páginas memorables de su buen arte, la escrita en la Plaza de Madrid.

El flujo y reflujo de la torería; la constante revelación de matadores improvisados, surgidos al calor de la desmedida afición sevillana, y estimulados por la avidez de emociones, sea un público más impresionable y sensacional que razonador y meditabundo, amenazan arrastrar en la impetuosa corriente de lo nuevo la figura de este torero, que con el capote y las banderillas merece nota de sobresaliente, ya que no se aprieta en la suerte de matar, para la que si no le faltan recursos, no le sobran hoy voluntad ni facultades.

Exceptuando al público de Madrid—también á veces arrastrado al entusiasmo por la *faena* sensacional ó la estocada casual, pero más atento generalmente á *maneras* y *hechuras* de torero en la ejecución de todas las suertes—los demás de la península hánse entregado al arrebató momentáneo del estoconazo ó al peligro de encunarse, con olvido casi completo de las condiciones generales que han de concurrir á formar el buen torero.

Y como *Faico* no suspende á las masas de

espectadores en ¡ay!... constante, ni las entusiasmas echando carne abajo *sin puntilla*; de aquí que el torerito éste venga de algunos años á esta parte relegado á un segundo término.

Bastárale *apretarse* en la llamada suerte suprema, para saltar al primero, donde por su arte exquisito debe figurar por derecho propio.

Entonces no se viera precisado á ese constante viaje de ida y vuelta á las Américas, que si hasta hoy, felizmente pará él, en nada ha viciado su elegancia torera, más y más le aparta cada vez del palenque taurino, donde se aquilatan y contrastan el necesario valor con el buen arte.

Pena y grande, artísticamente hablando, daba al que estas líneas escribe, verle pasear el verano del 98 y oír de sus labios con la amargura del despecho, aderezadas estas ó parecidas frases.

—Ya lo ve usted, yo no soy ya torero en España, y tendré que volverme á América.

Y allí está elafiligranado torero sevillano.
¿Cómo pudieron olvidar las empresas y la

afición tan por completo á este artista del toreo, al lado del cual, con el capote y las banderillas, pocos, muy pocos, resisten la comparación. Sólo puede ésta explicarse, teniendo en cuenta la exclusiva atención que hoy se concede al estoqueador y la sombra que proyecta sobre el astro más luciente—cual densa nube que la oculta—el desacierto con el estoque, que el público traduce siempre por *miedo*—veneno que mata al torero en el concepto público, sin que baste á salvarle la triaca del arte.

Y es tanto más lamentable esta desidia de Faico, cuanto que *se juega* en una tarde el porvenir de muchas.

Abril de 1900.

BOMBITA «AINÉ» Y

BOMBITA «CADET»

En las novilladas de la canícula de 1892 apareció en el circo sevillano un mozo que —á poco que los aficionados se fijasen en él—amenazaba estallar su *alias* en la atmósfera taurina: *Bombita*.

Vendedor de frutas en el mercado de la Puerta de Triana, concurrente *ruidoso* á la segunda grada del teatro del Duque, contadas personas se habían fijado en Sevilla en el simpático chicuelo, que tenía la viveza, la gracia y el *ángel* de los que viven *á la vera* del Guadalquivir, y en su ribera había crecido, viniendo á ser trianero por segunda naturaleza.

Yo fui uno de los espectadores de sus ensayos de novillero. Súbitamente revelado en la *afición*, como ocurre siempre en esta tierra, donde la plaza es escuela teórica de los muchachos y las calles primero, luego los corrales del matadero y después los cerrados, dan la práctica precisa para lanzarse al redondel... Así lo hizo este joven; y cuando atrajo á sí la atención y simpatías de los públicos, tomó la alternativa en esta plaza de manos del infortunado *Espartero*, alternando con *Guerrita* en la tarde del día 29 de Septiembre de 1893.

Recuerdo que pocas horas antes, con mi amigo el popular ganadero D. José Orozco (que le era muy afecto) fui en un carruaje á visitarle en su casa de Triana.

Así vino á ser matador de toros Emilio Torres. Al lado de colosos del arte como Manuel García y Rafael Guerra, no *descompuso* (como dicen los revisteros teatrales) el *niño de Tomares*, como dieron en llamarle los revisteros taurinos en remembranza de su pueblo natal.

Bombita traía por distintivo personal la

risita; era guapo de cara y de condición, no mal plantado de cuerpo—aunque muy desarrollado de curvas, lo que si bien le ayudaba al *toreo de caeras*, le robaba compostura y elegancia...

Algo así como reminiscencia de las alegrías de *El Tato* quiso ver la afición en el flamante diestro.

A la par que Emilio, ya doctorado, cursaba en universidades taurinas españolas un chico, hermano suyo, de nombre Ricardo, de apodo *Bombita chico*, aparecía en la plaza de toros de Lisboa, sorprendiendo á los portugueses con su *gracejo taurino*, llamémosle así, á la finura innata, la alegría y el adorno del segundo de los *Bombas*.

Novillero reputado es ya entre los mejores el joven *Bombita*, y los públicos de Madrid, Barcelona y Sevilla, entre otros no menos importantes, le han festejado y aplaudido por su buen estilo toreando y su guapeza al herir, de que dan patente muestra sus recientes y graves cogidas.

Menos fisonomía propia tiene naturalmente el segundo de los *Bombas*. Muy joven aún

para esto, pero no le va en zaga á su hermano en lo de la *risita* y don de gentes, en el buen vestir y en el rumbo y la alegría.

Y es natural que así sea, pues artísticamente desarrollado á la sombra de su hermano, con el espejo de sus triunfos delante en que mirarse constantemente, no había de apartarse del camino de aquél, siguiendo su huella cual estella brillante.

Es fino de tipo, elegante en las maneras, ágil en la ejecución, preciso en las suertes, y con excelentes condiciones y temperamento de estoqueador; sale de la convalecencia de grave cogida, para exponerse dé nuevo con manifiesta valentía, que le afianza por días en el buen concepto de la afición, ganándole en la plaza las simpatías del público, como particularmente se las capta con su afabilidad.

Es socio de círculo de recreo donde se reúnen personas muy distinguidas—especie de *club* de gente joven y alegre—que se disputa su trato y su amistad.

Así es el segundo de los *Bombas*.

Es raro, en verdad, éste que por lo repeti-

dó no es ya fenómeno de las familias taurinas de diestros improvisados.

A nadie extrañará la raza de los *Cúchares*; ni que surgiera al lado de *Lagartijo* Juan Molina, y de *Guerrita* Antonio Guerra; toreros graduados aquéllos tras largo aprendizaje empezado en la infancia, cosa natural era que sus hermanos y parientes siguieran en la profesión á diestros que tanta gloria y provecho alcanzaban en ella... pero Tomás Mazzantini, el menor de los *Fabrilos*, y este joven *Bomba*, son *rara avis*, porque no pudieron formarse al calor de incubación alguna, sino que á su vez surgieron con espontánea intuición é iniciativa propia, más como coincidentes que secuaces ó sucesores; y sorprende esto tanto más, cuando se revelan condiciones y se manifiestan aptitudes que de no ocurrir la primer improvisación, la del *diestro génesis* (llamémosle así), quedarán por siempre ignoradas.

El tiempo no pasa en balde, y en hombres y en cosas marca huella sensible, ora favorable, ora adversa, Así el primero de los *Bombas*, intuitivo en todo como en arte tau-

rino, asimilóse pronto usos y costumbres distintos de los habituales en el vendedor de Triana y el entusiasta de la grada del Duque: atildado en el vestir (dando preferencia, que no le alabo, á la invasión de modas inglesas con la torería tan discordantes), contertulio de la Cervecería de la Campana, donde tiene su *peña* entre artistas y licenciados; asiduo concurrente al regio coliseo, ya se declamen dramas, se digan comedias ó se cante ópera italiana; espléndido y fastuoso, amigo del buen vivir, *Bombita* con Fuentes forma la pareja de toreros sevillanos que puede dominarse *fin de siglo*, algo así como una sucesión del *toreador* de El-góibar.

No ha alcanzado Emilio Torres el nivel taurino de *El Espartero*, ni ha conseguido apagar los fuegos de Reverte, ni su toreo es comparable al selecto de Fuentes; pero figura con éstos á un mismo nivel, ora como torero pasando con estilo sensacional, ya como matador *apretándose* con valentía en la suerte suprema; y, aunque desigual é incompleto, justo es consignar su progreso bien mar-

cado desde la tarde del 29 de Septiembre de 1893 en Sevilla, á la del jueves 16 de Junio del 98 en Madrid, cuya brillante *faena* dejó consignada con el merecido encomio en el núm. 62 de *Sol y Sombra* el popular *Sentimientos*.

Para gloria del toreo nacional y gala de la escuela sevillana, deseamos que se consolide *Bomba* en su ya conspicuo puesto, y que para el día en que se retire de las lides taurinas, pueda discirse de su hermano Ricardo, parodiando á los cortesanos franceses cuando moría su Rey:

—¡Adios, *Bombita!*

—¡Viva *Bombita!*

Febrero de 1899.

«EL ALGABEÑO»

TOREA Y... MATA

Este sí que fué una *improvisación*; si no, lean ustedes.

En el verano del 94, un mozalvete de tez morena, ojos verdosos y fisonomía atrayente, se empleaba en la faena de traer cargas de grano desde el vecino pueblo de Brenes á la capital; lo recuerdo perfectamente: una tarde canicular, que siguiendo á su borriquillo bien cargado, envuelto apenas el cuerpo en la blusilla de tela *morena*, sin disfrutar de otra sombra que la protectora de las alas del sombrero ancho, apoyándose en una varilla de fresno, cruzaba con andar perezoso la Alameda de Hércules.

Pues bien; aquel mismo invierno vociferaban los vendedores de periódicos en la calle de las Sierpes proezas del novillero apodado *El Algabeño*, y el que estas líneas escribe, de vuelta en Sevilla aquel Diciembre, hubo de *pararse en firme* al ver avanzar por la clásica calle, rodeado de un grupo de aficionados, al moreno aquel de la tez morena y los ojos verdosos de fisonomía atrayente, que sombreaba el rostro con un *sevillano* negro flamante, envolvía su cuerpo en rica capa de paño azul, con embozos de terciopelo rojo y verde (última palabra entonces de la moda) y ceñía á la cintura gruesa cadena de oro con dijes. Aquél y éste eran uno mismo—José García—apodado ya por aquel entonces *El Algabeño*.

Mucho hubo de sorprenderme tal metamorfosis; y cuando después tuve ocasión de hablar con el novel torero de La Algaba, le pregunté:

—¿Cómo fué tan rápido tu *cambio* desde traficante de granos á matador de novillos?

Y el mismo lo explica así:

—Hacia algunas escapatorias con otros

al cerrado de los Sres. Vázquez, donde me ejercité en torear; luego fui á dos capeas en Brenes y Algarrobo, mate el toro de muerte, se fijaron en mí... y dejando á otros la penosa tarea de traer á Sevilla cargas de cereales, pasé como en un ensueño desde las capeas y el cerrado á la plaza de Sevilla, y cuenten con que en mi pueblo el alcalde no me dejó torear en la fiesta; ¡figúrese cómo se quedaría cuando luego me vió torear en Sevilla!

Todo ha sido casual y extraordinario en la revelación de este torero. Sevilla expectante, desde la desgraciada muerte de *El Espartero*, levantó en pavés al nuevo diestro, y veleidosa con él le ovacionó primero para motejarle después en la primera tarde desgraciada... El pundonoroso torero *lloró* aquella tarde en el redondel, escorzado sobre la barrera... y siguió toreando con fe y voluntad más discutido, pero no menos resuelto.

Cuentan que hasta sus amigos se mermaron, y de Herodes á *Pilatos* anduvo *El Algabeño* toreando aquel año... mientras los aficionados sevillanos discutían acalorada-

mente sus condiciones toreras, oyéndose en todas las *reuniones* frases como éstas:

—Digo que *El Algabeño* mata más que nadie.

—Y yo, que ni torea ni mata.

Y tanto lo nombraron y trajeron y llevaron con el joven torero confundido, que *Mata* (D. Francisco), el exapoderado de *El Espartero*, se fijó en él, y huérfano de su diestro, aceptó poderes de *El Algabeño*, y acabaron las acaloradas disputas.

Ya *El Algabeño* torea y... *Mata*, ¡Ya lo creo que mata; hasta cuarenta corridas al año sin Madrid ni Sevilla!

Esto de los apoderados, tan en baja desde que no los tienen *Guerrita* ni *Reverte*, parece secundario, y es primordial.

Claro es que, subida la cuesta, ya no se necesita para estacionarse ó bajar... pero al principio no hay torero que prevalezca sin apoderado; pero apoderado que sea influyente, entendido y sensato.

No voy á hacer un estudio analítico de la escuela de *El Algabeño*; estos toreros improvisados no la tienen; el que más, tiene *miga*,

y *miga* si se trae José, porque trajo aprendida de La Algaba la suerte suprema, sorprendiendo á los inteligentes la perfección al perfilarse y el *cruce* en el momento de la reunión, la fácil salida por el costillar y la seguridad al herir.

Toreando es desigual, como todos los principiantes que faltos de teoría y exentos de ciencia taurina esperan á que la práctica los haga maestros; pero le ayudan mucho en la ejecución de las suertes su estatura, su desarrollo muscular y su garbo. *El Algabeño* es una buena figura en la plaza y fuera de ella; pero en la plaza luce más naturalmente, realzada por el vestido de luces: no es solamente arrogante José García, sino que tiene ese *quid* especial que se denomina *tipo torero, hechuras, etc.*

De estas cualidades físicas, servidas por una valentía no desmentida, y una afición verdad, se derivan las peculiares condiciones de matador que adornan á *El Algabeño*, quien al decir de quienes le han visto este año *cortar el bacalao* en plazas como las de Barcelona y Valencia, adelanta rápidamente

en el manejo del capote y de la muleta sin perder en nada el dominio del estoque.

La afición de Madrid y Sevilla tiene ya fundados motivos para desear que se presente en sus ruedos á refrendar pasaportes el torero de La Algaba.

Como particular, también es acreedor á mis elogios este diestro.

Es afable, sencillo y natural, sin que en su conversación ni en su trato se descubran reticencias ni dobleces.

En lo que yo le he tratado y en las referencias que de más íntimos amigos suyos tengo, sólo alabanzas merece por su honradez y buena conducta, que en poco tiempo le ha granjeado las simpatías de los círculos taurinos sevillanos.

Es mesurado en la conversación, aunque no está exenta del gracejo de la tierra y de la expansiva alegría de la poca edad; porque José García es un chiquillo de veinticuatro años.

En esta cucaña de toreros sevillanos á que asiste inconsciente la afición en fin del siglo, *El Algabeño* es uno de los llamados á la he-

rencia del otro García, *El Espartero*, puesta como premio en lo alto del asta, donde se prueban la valentía y el arrojo temerario con la voluntaria perseverancia y la desmedida afición.

Muchos son los llamados; ¿quién será el elegido?...

Hasta hoy el supremo jurado ve impassible el pugilato, sin que nadie alcance el premio codiciado.

«VILLITA»

Ó EL «MAÑO» DE ZARAGOZA

La primera vez que yo fui á Zaragoza, en el verano del 96, fué Nicanor Villa, *Villita*, una de las primeras personas que conocí; cuando en Diciembre de aquel año me despedían con vivas y á las voces de *que vuelva* un haz de aragoneses simpáticos y distinguidos (1), entre ellos estaba *Villita*.

Esto demuestra desde luego que Nicanor, con la Pilarica y el Ebro, es una de las tres *cosas* que más gustan de lucir los zaragozanos, y que algo tendrá el chico cuando se le trata y no se le olvida. Tiene el carácter

(1) Los Sres. Cruz, Jimeno, Bassa y Ayustante.

aragonés: genuino; es franco, extremoso y desprendido.

Si *Villita* fuera *sensato*, tendría una *villa* en Torrero; si fuera aplicado, sería torero como es matador; si fuera cuerdo, no se jugaría á diario la vida y la fortuna... pero á pesar de tales defectos, tiene Nicanor una gran cosa: el corazón, tan grande como la cúpula del Pilar—y éste le ha valido las amistades de Zaragoza entera, el entusiasmo de Aragón y las simpatías de todas partes.

¡Qué lástima que los grandes corazones no latan al unísono de los cerebros privilegiados!

Villita fué torero por terquedad, como buen aragonés... y ya se sabe lo del baturro:

—A Zaragoza ó al charco.

En este cuento popular de su tierra se sintetiza su carácter; por eso lo hemos visto escaso de recursos taurinos, matar con lucimiento; agotado de facultades físicas (por enfermedad á su regreso de Méjico), torear sin decaimiento, y siempre *fuerte de espi-*

ritu bromear y chancear, cuando otro en su lugar se habría postrado lanzando quejidos después de dura lidia.

Pero el *querer es poder*, tan preconizado por los filósofos, tiene en el toreo una limitación precisa, y el que no es habilitado, elegante, fácil, airoso, adornado *per sé*, rara vez lo consigue con la práctica. Toreros de más fuste, tales que Mazzantini y *Lagartijillo*, no me dejan mentir como ejemplos.

Ellos dominan la suerte del volapié con facilidad de estoqueadores que desde el primer día trajeron á los ruedos; activos y oportunos acuden en los quites; con el capote bregan en su turno y muletean para prepararse las reses; pero nunca entusiasman al público con largas como las de Rafael Molina, con lances de capa como los de *Vara ancha* y Cayetano, con banderillas como las de *Guerrita* y Fuentes, con muleteos como el de Manuel García—que por su *izquierda* debió pasar á la posteridad con apodo distinto—*el Zurdo*, en vez de *el Espartero*.

Así le ocurre á Villa: torero seco, no se adorna en las suertes, va derecho al fin sin cuidarse de los medios.

No obstante estas objeciones que la imparcialidad me exige, *Villita* ha tenido momentos tan felices como la época de su venida á esta plaza de Madrid—después de haber tomado la alternativa á la sombra de la Seo en su ciudad natal, y ha toreado desde esa fecha todas las corridas de fiestas del Pilar (que son las corridas de casa) alternando con el colosal *Guerrita* y otros matadores *de primissimo* que concurren siempre á la formación de aquel cartel en las famosísimas *fiestas*.

Allí goza *Villita* de los *fueros*, y su personalidad taurina tiene el carácter de institución: sus paisanos, cuando no alaban á su *Pilarica*, se pelean con su sombra por defender al Villa. Asomo de regionalismo, hoy de actualidad suma, que me hace pensar, parodiando á la egregia oradora Emilia Pardo Bazán, en su discurso magno de Valencia, cuando aludiendo á Castelar dijo «cómo se puede percibir todo el encanto de

una región y juntamente considerar artículo de fe la unidad de la patria»; esto ocurre en tauromaquia á los aragoneses, glosado así: «Cómo se pueden sentir todos los arrebatos por un torero y juntamente consagrar la afición del toreo como artículo de fe en *Guerrita*», la patria taurina, de cuyas glorias—como de la otra—no nos queda ya á los españoles más que un recuerdo imborrable en la memoria.

Porque la tauromaquia contemporánea, viuda del eximio torero, queda, para servirme de un símil aragonés, cual quedase Zaragoza sin Pilarica y sin Ebro, y temo que no bastarán á levantarla de su postración y decaimientos, loables intentos de Mazzantini, primores de Fuentes, arrestos de *el Algabeño*, esfuerzos del convaleciente Reverte, simpatías de los hermanos *Bombas*, voluntad de *Lagartijillo*, habilidad de *Conejito*, y terquedad de *Villita*.

Marzo de 1900.

EL «CONEJITO»... CORDOBÉS

En la Meca Taurina de Occidente, que ha dado al arte del toreo las dos personalidades artísticas más relevantes del segundo tercio de este siglo; allí, adicto á la *real* dinastía de los *Rafaeles*, nació en el clásico barrio popular de la Merced, el día 18 de Septiembre de 1871, Antonio de Dios, apodado por sus paisanos *Conejito*.

Con el malogrado maestro *Bocanegra* —á quien los aficionados recordamos como un ejemplo de vergüenza torera, especie de *Espartero* cordobés— apareció *Conejito* en la cuadrilla infantil, por él organizada en 1886, actuando ya como banderillero á la edad de quince años; y disuelta aquélla, toreó suelto en las novilladas de la región anda-

luza hasta allegarse á la cuadrilla del *Bebe chico* en 1891.

Lagartijo primero y *Guerrita* después, otorgaron apoyo y protección al *Conejito*, moral y materialmente; pues en tanto que el primero le hizo un buen *reclamo* con su autorizada opinión, el segundo la sancionó con más positiva ayuda, recomendándolo é incluyéndolo—después de darle la alternativa en la plaza de toros de Linares—en algunas de sus combinaciones.

Ya había entonces recorrido como novillero de cartel las plazas de Madrid, Sevilla, Barcelona, Valencia y otras, y matado por cesión del *diestro único*—como le llamaba un amigo mío, que es modelo en ortodoxia *guerrista*—los últimos toros, en varias corridas formales.

Esta alternativa de *Conejito* fué causa de grandes contiendas al presentarse en el redondel de Madrid para alternar con *Minuto* el día 11 de Julio de 1897.

Dividióse el público parecer, pidiendo la mayoría que el diestro sevillano (que ya había alternado con él en otras plazas), le ce-

diese los trastos; negóse el de Córdoba á recibirlos, esperando su turno, por hallarse ya investido de la suprema categoría. y entre silbas y protestas ruidosas transcurrió la memorable corrida, cuyas faenas del citado diestro así refiere *El Imparcial*:

«*Minuto* fué á brindar; los señoritos pidieron que diera la alternativa al *Conejo*; éste se mantenía, haciéndose el *sueco* á honesta distancia del toro y del primer espada, y cuando fué requerido por éste, contestó con ademán resuelto que no necesitaba alternativas; los señoritos protestaron, *Minuto* vaciló, y *Conejito* reincidió; y, por último, entre las protestas de los más y los aplausos de la minoría (!) *Minuto* comenzó su faena.»

Luego describe así las de *Conejito*:

«Segundo. Y *Conejito*, queriendo borrar la mala impresión, toreó de muleta con mucho sosiego, y entrando sobre corto y con fatigas, arreó una estocada llegando con los dátiles al morrillo como los hombres.

»Y protestantes y... litúrgicos tuvieron que unirse en ruidoso y merecido aplauso.

»Cuarto. Y *Conejito*, después de pasar siempre de cerca sin perder la cara al buey, pinchó una vez en hueso y remató de una soberbia estocada arrancando desde los cuernos, con la fe que pudiera hacerlo el torero de más antiguo abolengo de todos los que se han dejado el pelo. Ovación.

»Sexto. *Conejito* clavó uno superior de frente, y luego con el pincho y la muleta, después de señalar en lo alto, dió un gran volapié, que lo echó á rodar.»

Con que...

Ahí está el pleito para que lo sentencien los señores críticos de horca y cuchillo.

Estos toros fueron del Sr. Marqués de Villamarta.

Críticos y revisteros disertaron en grande y desbarraron de lo lindo, dando al hecho suma trascendencia y los peores caracteres; no vacilando, por servilismo á la afición madrileña, en sostener las más ridículas teorías, basadas en la superioridad mate-

rial—que nadie puede negar á la plaza de la corte—pero que no basta á cambiar la lógica de los hechos, ni las preeminencias personales adquiridas en el toreo por la tradición y la costumbre. Barajaron fechas y citas, hicieron cuestión de capitalidad, y entablaron con los sevillanos—que tuvieron brillantes paladines en el antiguo aficionado don Miguel Corona, y en el notable revistero que firma con el pseudónimo de *El Nene*—larga y enojosa polémica, en que unos y otros lucieron erudición é ingenio, pero pusieron de manifiesto notoria parcialidad por *su pueblo*. Y todo esto ¡siendo tan sencilla la cosa! *Dar la alternativa*; la frase sola bastará á dirimir la contienda; *da* una cosa aquel que la tiene, y la da *cómo* y *cuándo quiere*; luego es claro que esta facultad es privativa del ser activo—el diestro;—y de ningún modo puede serlo del sitio ó lugar donde se toma: mero accidente.

Y si reside en el diestro por *derecho propio*, llamémosle así al que adquirió á su vez al recibirla, es natural que la ejerza sin otra limitación que su voluntad; y basta por hoy

de digresión, para volver al *caso* de *Conejito*.

Elevaron los aficionados madrileños una moción al gobernador, pidiendo que al presentarse de nuevo *tomase la alternativa*, ¡como si esto pudiese hacerse dos veces! Y como tal pretensión envolvía la nulidad del acto celebrado en Linares, se circuló un telegrama á Córdoba; y mantenido en la contestación del *padrino*, su derecho á considerarse matador de alternativa, ¿cómo no? hubo *Conejito* de retirarse temporalmente del circo madrileño. A la temporada siguiente buscóse hábil componenda que, dejando satisfecha la vanidad de mis paisanos, no mermase la facultad ejercida por Guerra en Linares, cual fué la *cesión de trastos por cortesía* hecha por *Lagartijillo*—con quien no había toreado el de Córdoba—al alternar por primera vez con él. *¡Y tutti contenti!...*

Distínguese Antonio de Dios por su habilidad toreado, por la elegancia y soltura en el manejo de la muleta, y con la capa en lances y quites. Es *además* muy valiente, torea generalmente muy *de cerca*, y en con-

junto reúne tantas y tan excelentes condiciones toreras, que hay que colocarle en primera línea.

Como persona es muy simpático, con la afabilidad extremosa y el rústico encanto de sus paisanos por distintivo.

Lo he dicho antes: los cordobeses pasan media vida en la sierra, y como allí se saturan de aires puros, son, por lo general, saludables material y moralmente. Este, de que hoy me ocupo, es de lo más sencillo y bondadoso, agradecido, leal, y amigo de sus amigos.

Por los Rafaelés, sus padrinos, tiene, más que cariño, devoción, y es en Córdoba muy querido de todo el mundo.

La retirada de *Guerrita* ha puesto recientemente en manos de este torero el pesado cetro de la torería cordobesa compartido con *el Torerito*, y pronto sostenido también por *Lagartijo* y *Machaquito*.

La brillantísima temporada realizada por Antonio de Dios en las voluntarias postriemerías del gran maestro cordobés, le preparan favorablemente para la sucesión ma-

terial de aquél, y sus brillantes faenas en Sevilla (*Corpus*), en Valencia, en Barcelona y en Pamplona, *et sic de caeteris*, le han de valer muchos y buenos ajustes para la venidera, en la que *Conejito* viene llamado á figurar en las corridas *de cartel*.

Su *alias* le ha valido algunas bromas de género *dudoso*—que diría Manolito Pineda, —no siendo de las menos atrevidas la envuelta en este telegrama puesto por un chusco cuando siendo novillero toreó *á la par* de las *señoritas toreras*:

«Lolita, superior. Angela, bien. *El Conejo*, sin novedad.»

Telegrama *subversivo* que circuló por la prensa diaria.

Noviembre de 1899.

UN «PARRAO»

QUE DARÁ SOMBRA

De entre los toreros populares que en los últimos años ha dado al estadio taurómico Sevilla, pocos han alcanzado tanto *tronío* como Joaquín Hernández.

Con abolengo taurino excelente, como hijo del veterano picador *Parrao*, que hizo á las órdenes de Reverte sus últimas campañas; con condiciones toreras bien pronto manifiestas como novillero en las plazas de Madrid y provincias; cuando se llenaron de letreros con su nombre los muros de las casas y las losas de las aceras de su ciudad natal, merecida tenía el chico la propaganda, que de no ser así, contraproducente

fuera la popular vocinglería á su reputación torera.

Considerado ya como excelente novillero, sobresaliendo entre los de su clase, tomó la suprema investidura taurina de manos de *Guerrita* en la plaza de Sevilla en las corridas de feria de San Miguel de 1896.

Se señaló esta solemnidad por un doble concepto que la hizo más interesante, y merece consignarse. Al tomar la alternativa *Parrao*, cortó en la plaza la coleta á su anciano padre—el pundonoroso picador de toros—que pasó á la escala de reserva al entrar su padre en la escala de reserva al entrar su hijo en el toreo activo. Rasgo de devoción filial que mucho enaltece al joven sevillano, que por algo goza de tan singular estimación ante sus paisanos este torero rayano en la tosquedad por su carácter, pero honrado á carta cabal, buen hijo y buen amigo.

De sus condiciones toreras diré que lo he visto torear varias veces, con coloso como Guerra, en la última beneficencia sevillana; y seguidamente con *Bombita* en

Marchena, con *Lagartijillo* en Utrera y con el mismo *Bombita* en Ecija, y bastarán estas tres corridas para juzgarle si no recordara otras muchas.

Pospuesto por razones de índole privada que ya pasaron al cambiar la empresa de Sevilla, pues *no hay mal que cien años dure*, puede decirse que *Parrao* perdió lastimosamente su primer año de matador de toros, lo que le obligó á *apretarse* en la siguiente temporada, y le indujo á aceptar aquel invierno el ajuste de Méjico. A su regreso de la república mejicana, tuvo este diestro la desgracia de presentarse en malas condiciones en la plaza de Madrid, donde su inclusión en el primer abono de la próxima pasada temporada fué *su caída*. Hay que creer en las *jettaturas*, porque habilísimo con el capote, adornado con la muleta, banderillero efectista y matador de *reaños*, nada faltaba á *Parrao* para ser un torero de los más completos, como no fuese torear sesenta y figurar constantemente en los primeros rondones, y cuando vino al de la corte sufrieron eclipse todas estas condiciones.

Pero *no hay mal que cien años dure*, y quien tiene las privativas condiciones de *Parrao*, pronto habrá de desvanecer la densidad de la atmósfera que sus faenas en esta plaza de Madrid le crearon oscureciendo á la vista de los más lince sus dotes taurinas.

El Imparcial correspondiente al 22 de Agosto último, donde se reseña la segunda corrida de Bilbao, dice al hablar de *Parrao*:

«. . . de verde y oro, consintiendo mucho y acercándose en algunos pases hasta pisarle el terreno al toro, hizo una buena faena de muleta para entrar con destreza al volapié y dejar media estocada en lo alto. Por no bastar con esto, tuvo que liar otra vez, y entonces recetó una entera, pero ésta un poco trasera. *Parrao* escuchó muchas palmas,» y luego *Parrao* puso fin á la corrida con un breve trasteo y una buena estocada.»

Y en el resumen: «Los matadores han quedado por este orden: Guerra, *Parrao* y Reverte.»

Y por si esto no bastase á la rehabilitación

del diestro aherrojado en Madrid, en el *Diario de Murcia*, correspondiente al 8 de Septiembre, escribe *Malmira*: *Parrao*, de verde y oro, da ocho pases bien y de cerca, con la Providencia (léase Guerra) á su lado, y remata la pieza de un estoconazo, una *mijita* ido, y un certero descabello. Ovación número tres. El toro, bravo en todos los tercios.» Y luego dice de la lidia del sexto toro: «*Parrao* lo despachó, después de una lucida y magistral faena de diez pases, que fueron coreados con olés, de una estocada que resultó atravesada, y un magnífico y certero descabello. La lidia de este toro, que fué el mejor, resultó *de primera*.»

Así, pues, la rehabilitación taurina de *Parrao* después de la «debâcle» de Madrid, es un hecho, y me complazco en consignarlo. Ya lo dice un adagio: «los toros dan y quitan»; ellos darán al torero sevillano lo que le quitaron en Abril; y cuando *las lanzas se tornen cañas*, le aplaudirán los madrileños como á otros diestros que en su primera *entrada* en este redondel no tuvieron *el viento de cara*.

Sin decir que *Parrao* esté llamado á suceder á Guerra, puede afirmarse que es un torero bien equilibrado, y con defensas bastantes para sostenerse airosamente en un primer puesto.

Como con ello ganará la afición, me complazco en poner con este juicio imparcial una piedra en el pedestal de su historia torera, pues su efigie figurará en la galería de la gloriosa escuela de Sevilla.

Diciembre de 1899.

GUERRERO Ó... GUERRERITO

Tiene la plaza de Sevilla el privilegio de las revelaciones, y es baptisterio taurino donde toman nombre y fama los lidiadores de toros; pues mal que pese á mis distinguidos paisanos los revisteros madrileños, éste y otros timbres de abolengo y supremacía no hay quien se los quite á la antigua plaza de la Real Maestranza de Sevilla.

Aquí se improvisan en las famosas novilladas toreros que alcanzan presto gran cartel; quiénes, surgidos de pronto al calor de la afición sevillana; cuáles, tras penoso aprendizaje en plazas de menor cuantía, to-

dos buscan en este circo el primer eco de la fama vocinglera.

De entre este montón anónimo, descolló hace cinco temporadas un mozo apodado *Guerrero*. Antonio Guerrero—que este es su nombre—es sevillano, nacido en el clásico barrio de San Lorenzo; pero muy niño aún abandonó su ciudad natal, lanzándose, impulsado por su afición taurina, al palenque que de algunos años acá ofrecen á maestros y neófitos en el arte de torear las repúblicas del Sur, donde hanse aficionado más y más á nuestra fiesta nacional.

Así es, que cuando en el invierno del 94 regresó á su tierra, no era un aprendiz, con ser de todos ignorado, el torerito de quien me ocupo.

Hallábame yo familiarizado por el trato constante con la gente de la afición que aquí concurre en el círculo social más expansivo, y hube de extrañar la novedad de este joven, y hasta recuerdo que antiguo aficionado me lo presentara, cuando el mozo, nuevo Lázaro, muerto por la ausencia en la memoria de sus compañeros de infan-

cia, esperaba la voz suprema que le dijese: «*Levántate y... torea.*» Esta fué la recomendación valiosa de un prócer sevillano, y en una tarde de la canícula, lo recuerdo muy bien, figuró en el cartel alternando con Padilla y el *Morenito de Algeciras*, matando en el último lugar.

Llevóme al circo el particular interés de ver lo que *daba de sí* el torero aquél, á quien conocía de vista desde su vuelta á Sevilla—pues con un terno inglés de cuadritos blanco y negro se había aprendido de memoria aquel invierno la calle de las Sierpes, á costa de estereotipar en la retina de los concurrentes á cafés y círculos su simpática figura—y apenas comenzada la lidia—vestía aquella tarde una taleguilla azul celeste con alamares negros que á voces pedía el cuerpo de su dueño, pues más ancha y crecida que el joven diestro, desfigurábale quitándole garbo y apostura—pude cerciorarme, y conmigo los aficionados todos, que teníamos delante lo que en nuestra jerigonza venimos llamando un torero *con hechuras y con maneras*.

Guerrero, sin hacer proezas que levantasen en vilo á los impresionables espectadores, hizo bastantes *cosas* para ganarse la atención de los entendidos.

A las pocas tardes (no tuve la suerte de verle), inutilizado Padilla, que con él alternaba, durante la lidia del primer toro, hubo de torear solo la corrida, dando muerte á los cinco toros restantes de López Aparicio, y lo hizo con tal arte, habilidad y valentía, que *puso cátedra*, como decimos por aquí, y levantó tal polvareda de entusiasmo, que se alzó *incontinenti* á la cabeza de la gente nueva.

Desde esta tarde puede decirse que cambió el terno inglés de cuadritos por los *chaquetones, marselleses* y pantalones *de talle*, que adornados con cadenas, dijes y pasadores de brillantes realzan á diario su figura con la estética singular del traje corto, y substituyó la taleguilla azul por ricos vestidos de luces.

Poco tardó ya en reclamar su presencia el circo madrileño, rindiendo en esto (no se molesten mis colegas), indirecta pleitesía á la

afición sevillana; y allí confirmó tan felices augurios, consolidando su naciente fama, lo que pronto le llevó á recorrer todos los circos de provincias, entre éstos el de Cádiz, donde figuró en la tercera corrida de beneficencia organizada por los Caballeros Hospitalarios; y tantos fueron sus éxitos en las plazas de España—á pesar de la grave cogida que sufrió en esta plaza de un toro de Adalid, y que por un tiempo le retiró del toreo activo—que mereció le designase algún revistero con el sobrenombre de *el Guerra de los novilleros*.

Y sin exagerar, efectivamente, no tan sólo sobresalía entonces de entre los de su clase, sino que á matadores de alternativa les venía largo y ancho el contricante, pues *Guerrerrito* sabía y ejecutaba lo que es raras veces dable á los principiantes.

Guerrerrito no llegó á ser *ídolo*, aunque era efigie taurina de mérito no común, y esto le ayudó mucho á consolidarse librándole del peligro mayor y la helada;—y cuando pasadas las vocinglerías populares que señalan la aparición de los toreros tocaron

á *derribar ídolos*, él entónces tomó la alternativa de manos de *Lagartijillo* el día 2 de Octubre del año de 1897 en la plaza de Granada.

Distínguese *Guerrero* más como torero que cual matador, que si en igual cantidad tuviese las dos entidades, ¿á dónde fuera á parar el novel diestro? Y esto explica que no excitase la opinión como Reverte y otros lo hicieran en la primera etapa de su historia taurina. Pero como ser torero, lo es *Guerrero*.

Tiene, como dicho queda, *hechuras*, mucho desahogo á la *vera* de los toros, suma elegancia y seguridad en las principales suertes.

Oportunidad en los quites, que remata con *recortes*, medias *verónicas* y *largas*, recordando en la segunda forma de *quite* enunciada y en su manera física al malogrado Manuel, que como ninguna otra dominó esta suerte; banderillea con generalidad, *consintiendo* y *llegando*, y pasa con buen estilo, aunque no muy de cerca, *parando* y rematando los pases; tiene la vista

suficiente para *enmendarse en el viaje* si por error ó movimiento extraño de la res no consuma la suerte, y mata al volapié con relativa facilidad y acierto, no echándose fuera siempre que halla defensa en las estocadas *al encuentro*, especie de suerte de recibir ño preparada ni voluntaria.

Con todas estas condiciones taurinas, bien ganado tiene el chico su cartel, que en algunos públicos, como los de Sevilla, Cádiz, Málaga, Jerez y otras plazas, es excelente. En la república mejicana, á donde fué ventajosamente ajustado en unión de *Parrao*, dejó gratos recuerdos y deseos de volverle á ver.

Guerrerrito, ó Antonio Guerrero, es moreno, bien parecido, de mediana estatura, un tanto rehecho, pero garboso de cuerpo; muy sencillo en su conversación y trato; aquélla amenizada por una *rr* doble que le es típica, y éste por una franqueza y *sans facon* de buen género que le capta pronto las voluntades.

Hombre de lucha que paso á paso ha vencido en la lid y ganado puesto en el arte, se

halla libre de ese engreimiento á que son tan fáciles los ídolos taurinos levantados en un día sobre el pavés de la afición desde el arado de la yunta, la noria, la fragua, el andamio ó el arroyo.

Sevilla, Diciembre de 1899.

EL DOMINGO CHICO

ó «DOMINGUÍN»

La villa y corte que vió nacer á Cayetano Sanz —el gran maestro de la elegancia taurina en la que pudiera llamarse escuela de Madrid—fué cuna de Domingo del Campo (*Dominguín*) en 12 de Enero de 1873.

Aprendiz de cerrajero en sus primeros años, se aficionó pronto á la lidia de reses bravas, dejando por la vida aventurera del *aficionado* su oficio; y después de los ensayos consiguientes, se allegó al novillero Cándido Martínez (*Mancheguito*), figurando en su cuadrilla.

En la temporada del 96 al 97 alternó en

Madrid con los mejores novilleros, mereciendo pronto por su valentía y habilidad que se fijase en él la afición madrileña con el interés de *cosa propia*, hasta que estimulado por su constante aplauso tomó la alternativa de manos de Rafael Bejarano (*Torerito*) en la corrida de Beneficencia celebrada en 1898.

Ya habíale ocurrido en Sevilla curioso incidente: ajustado por aquella empresa para torear en las novilladas de la canícula, negóse una vez allí á que le precediera el espada Félix Velasco, y renunció al ajuste, volviéndose á Madrid sin pisar aquel rondel.

Esta *entereza*, muy grata á los madrileños y entonces oportuna por lo reciente del caso del *Conejito*, le ha restado uno de los primeros públicos de España, y le *distancia* de todas las plazas andaluzas.

Compónese su cuadrilla casi exclusivamente de toreros madrileños, tales son *Moreno*, *Joseito*, *Cayetanita*, *Torerito* y *Morenito*... y vayan itos.

Ha toreado la última temporada 27 corri-

das, sobresaliendo notablemente en la *de abono* celebrada en Madrid el 23 de Abril último, en la que toreó sustituyendo á *Guerrita* y auxiliado por la cuadrilla de éste.

La autorizada pluma de *Sentimientos*—que echarán de menos por mucho tiempo las letras taurinas—escribió en estas mismas columnas (1) lo que sigue:

«*Dominguín*, que no pudo cuando tomó la alternativa lucir como desea y le conviene, se hizo un cartel en la corrida de los de Anastasio Martín.

»Valiente en quites. con habilidad en la mano izquierda y un corazón que no le cabe en el pecho, y entrando á matar con arrojo temerario.

» Este es *Dominguín*.

»Avido de aplausos y aficionado verdad, Domingo está en condiciones de llegar á donde quiera, si no se envanece ó le marea el zahumerio de la adulación prodigada por amigos tontos y *mangones* de oficio.»

Los prestigios de la firma del maestro que

(1) *Sol y Sombra*.

hemos perdido, nos eximen de hacer un análisis detenido de las condiciones del diestro madrileño, que reúne á las enunciadas por el notable crítico algo de la valentía del torero improvisado, mucho de la habilidad del torero hecho, y cierta seriedad taurina que, si no le adorna con alegrías á la sevillana ni primores á la cordobesa, le acerca á la artística sobriedad rondeña.

Su toreo tiene dos solos puntos de base: serenidad y valor; y su ejecución es fácil y sobria. Lástima que los movimientos sean faltos de gracia y donaire, cosas que, pese á los puristas, hacen gran falta para redondear la figura del torero.

Cuando veo este que llaman *toreo serio*, no puedo menos de recordar aquella frase del célebre torero de Córdoba:

—¿Osté ha visto argún buen torero que no tenga jechuras y grasía? Pa ser buen torero, jaseñ farta como er comé.

Y así lo creo, mal que pese á los archi ó ultra clásicos.

No obstante, *Dominguín* se consolida como torero de alternativa, y codeándose con

los primeros, ya que no compita, figura á su lado airosamente.

Si no reverdece glorias de Cayetano Sanz, ni emula elegancias de Angel Pastor—el torero de Aranjuez (señorito y artista),—sostiene despierta la afición madrileña, cuyo pendón glorioso lleva hoy por estoque y muleta este hijo de Madrid, el primero de entre los toreros de la tierra.

Febrero de 1900.

PADILLA... EL DE SEVILLA

De todos los calvarios sufridos por los toreros nuevos hasta darse á conocer en los circos, ninguno tan largo y penoso como el de este valiente.

Le conocí, hace años, una tarde que se efectuaba en la plaza sevillana una corrida de beneficio á favor de los damnificados en Consuegra.

Estaba el mozo en la segunda fila de sillones, detrás del mío; la afición avasalladora acortó la distancia pronto, y á poco de empezada la corrida cambiábamos impresiones acerca de los incidentes de la lidia.

Al terminar aquélla, salimos juntos como

amigos, y ya entonces pude cerciorarme de que tenía delante un aficionado práctico del toreo, un aspirante á torero, en una palabra.

—¿Pero tú, qué quieres ser?—le interrogué, apeándole el tratamiento en señal de simpatía.

—Yo, mataor.

La estatura y la proporción le abonaban para el intento; no obstante, yo le repuse:

—Eso es lo más difícil; además, ¿tú te has probado? ¿Sabes si sirves?

—Sí, señor, que sirvo—me contestó con esa natural jactancia del que se siente capaz de algo.

Ví varias veces después al simpático aficionado aquél; supe que en la feria de Palma del Río (Agosto) había matado, y que los señoritos de allá le *jalearon* bastante; empecé á verlo más frecuentemente por los cafés de la calle de las Sierpes, y solía decirme con una candorosa vehemencia:

—Señor Marqué, bien podía usted sacarme.

No eran entonces mis relaciones con diestros y empresas tantas ni tan estrechas como lo han sido después, y todavía no he conse-

guido que por mi influencia vista la taleguilla ningún torero; así es que, á pesar mío, porque simpatiqué con el muchacho, en cuyos ojazos, desmesuradamente grandes, había franqueza, en cuyos labios, gruesos y caídos, había bondad, y en cuyos rasgos fisonómicos pronunciados se veían la virilidad y la entereza, no puede servirle.

Pasado algún tiempo consiguió su anhelo; pero ¿cómo y á qué costa?...

Comprando entradas por valor de 500 pesetas (que logró repartir entre amigos y protectores) *le permitieron* exponerse al peligro de las reses y á las iras del público, en una novillada certamen; y como todo lo malo halla imitadores, otra empresa, que como la primera omito nombrar por no lanzarla á la vindicta públicas, *repitió la suerte* de las 500 pesetas en *papeletas*.

Es peregrino lo que ocurre en el toreo, y merece fijar la atención pública la infame explotación de que es siempre víctima el principiante, á ciencia y paciencia de la afición *cooperadora* en este *atentado* al derecho de gentes de las empresas taurinas.

Bien reciente aún está el caso de otro novillerito de mucho porvenir—valiente, habilidoso y compuesto—que tras sustituir á un sol naciente de la torería sevillana en muchas plazas y haber toreado en Madrid, hubo de pagarse *el coche* para salir *de matador* en la de Sevilla.

Pare mientes la afición en tales abusos, y ponga el grito en la taquilla, que es donde duele al empresario.

Pero vuelvo á Padilla, que feliz en esta segunda salida, se impuso ya á la tercera, y llegó pronto á ser la atracción mayor del circo sevillano en las novilladas de 1897.

Angel derrochó valor temerario; y como las facultades naturales le ayudaban y se colocaba para herir en el terreno de los valientes, su estoque era un Maüser, y por ver á Padilla iba la gente á la plaza, y compitió con los mejores novilleros de su tiempo, y tomó la alternativa.

Padilla, aquí como en Sevilla, se reveló matador sobresaliente; pero torpe á veces y embarullado otras con capote y muleta, le faltó al tomar la confirmación taurina, el

aliciente que más sostiene y ayuda á perfeccionarse á los toreros nuevos en el arte.

Una cogida gravísima sufrida en esta plaza el año anterior, vino á separar de la lid por algún tiempo después al joven campeón sevillano, quien apenas repuesto, antes de verse relegado por el olvido de las empresas y la indiferencia del público, se embarcó con rumbo á Méjico en el puerto de Cádiz el 10 de Octubre próximo pasado. Allí, con *Minuto* y Fuentes en la capital, solo en las plazas del interior está sosteniendo á buena altura su reputación de valiente y patentizando que ha aprendido y puede alternar con los primeros—el cartel del próximo abono, en el que se ingerirá como sustituto para las salidas, le brindará á su regreso con ocasiones propicias de lucir lo que puede donde más le conviene, en el redondel que, á manera de la Academia al idioma, *limpia, fija y da esplendor* al toreo.

Más partidario en arte taurómico del *toreo* que del *matador*, no dejo de conocer que cuando las condiciones de éste se hallan cimentadas en la facultad física y en el valor

temerario—como le ocurre á Angel García Padilla—se puede ir muy lejos, llegando hasta el cielo de los *Espartero*, *Reverte* y *Algabeño*, y en cualquier momento lo que es una esperanza se trueca en revelación sorprendente.

Mucho me alegraría ver á Padilla tender el vuelo tan alto; porque confieso mi simpatía por él, nacida aquella tarde de la corrida de Beneficencia, y sostenida por la afición del toreo y la condición del hombre.

Angel me parece hoy como ayer un *chico grande*, que ha crecido mucho; pero es tan sencillo, tan ingenuo, tan valiente y tan *aficionado* como cuando era niño.

MONTES—«EL MODERNO»

Hubo un momento histórico en la vida taurina sevillana en que sólo este nombre repercutía por doquiera.

Era esto en el verano de 1898.

Primero con *Bombita chico*, luego con Velasco, las proezas de Antonio llevaron al circo sevillano numeroso público... y si he de decir verdad, empacho tenía yo del tal Montes cuando llegaba á su fin la temporada de novilladas... tanto, que quebrantando mi propósito de no asistir á ellas para evitarme la molestia de ver maletas disfrazados de toreros, y chotos en la plaza de toros, concurrí á la que con toros de Clemente se jugó el día 9 de Octubre de 1898.

Tengo un amigo que por aquel entonces se afilió á las huestes del novillero de moda, y me lo pintaba *conjunto de perfecciones sin mezcla de mal alguno*; decíale yo, para exasperarlo, que no creía en las supuestas habilidades del diestro novel, que sería, á no dudarlo, fermentación del hervor apasionado de la afición sevillana.

Fuí, pues, muy mal predispuesto á ver al nuevo lidiador.

Sus lances de capa, tan cacareados, que dió á la salida de su primer toro, no me convencieron; ni me satisfizo, con estar generalmente acertado en las faenas de sus dos primeros; pero llegó á la muerte su último toro, en tablas de la izquierda de la presidencia, colindante al sol, y fuese ante él Montes, se colocó en el terreno de *Fras-cuelo*, y con el desahogo y la maestría del gran Rafael II, dió seis pases superiores y dejó media estocada *lagartijera*.

Hube de rendirme á la evidencia y en condiciones muy especiales; allá van: soy muy inquieto y nervioso, y cuando no me subyuga el supremo arte de un *Guerrita*, me

desespero en la corrida, abandono la barreira, me paseo por el tendido, y veo cada lidia en un lado de la plaza, y cada faena en sitio distinto: esto me ocurrió aquella tarde, y fui á dar con mi amigo *el montista* en los sillones próximos al sol. Ni que decir tiene la escena: él, aplaudía y chillaba como un energúmeno, y se volvía á mí y me reconvenía é increpaba, mientras yo afectaba desdeñar el arte y la habilidad del nuevo diestro.

Confieso que no ví nada tan completo ni acabado á torero ninguno antes del doctorado.

El triunfo de Montes fué ya indiscutible, y yo perdí la tema más divertida para exasperar á mi amigo; pero Antonio ganó su ajuste para feria, y tomó la alternativa de manos de Antonio Fuentes el domingo de Resurrección del año 1899.

Cuando todo esto ocurría, no era Montes un principiante; años atrás había logrado torear en Sevilla, sin hacerse notar lo suficiente; desde aquella fecha había andado de nuevo la calle de la Amargura de todo afi-

cionado, sino que á su término, en vez del Gólgota, encuentra el que vence resurrección sin cruz.

Así Montes se impuso á la afición en Sevilla y en Madrid—apareciendo en esta plaza para matar cuatro novillos del Duque el día 13 de Noviembre de 1898, y toreó después dos corridas más con buen éxito—y llegó *de golpe* al cartel de feria de Sevilla, *desideratum* de los toreros andaluces.

Se distingue este torero de entre la generalidad, por hallarse más y mejor armonizado que los otros de su categoría, pues se adorna con capote y muleta, y se defiende bien con el estoque.

Es parado y habilidoso.

Creo que la colocación que Montes adopta para lancear es defectuosa y, por tanto, lo son sus lances de capa; no me disgusta en quites; ignoro si banderillea; pero, de hacerlo, no debe ser cosa notable. Con la muleta está, en mi juicio, la mejor defensa de este torero, que empapa los toros y los humilla, logrando generalmente herir en buen sitio.

Ha toreado el año próximo pasado 24 corridas, sobresaliendo en las verificadas en Salamanca (con *Guerrita*). Tiene muy buen cartel en las plazas francesas, y es presidente honorario del Club Taurino de Carcassonne.

Como hombre, es por demás interesante el torero éste.

Exmonaguillo de Santa Ana en Triana, tiene la compostura y unción que aprendió en años juveniles; y así como Reverte se distingue por la rústica malicia, él se señala por la suspicacia eclesiástica suave y mesurada.

Es curioso verlo entre su cuadrilla, comiendo, por ejemplo: todos hablan, ríen y chillan; él sólo calla y oye; y si alguna vez habla, con su voz apagada y melíflua, diríase al empezar á oírle que va á comenzar un sermón con el lema *Pecatus satanis eterni-versus peccat.*

—Es un jesuíta, le oí decir á un banderillero; pero dicho en el sentido más ortodoxo, no en el que dan al vocablo el Diccionario de la Academia y sus compañeros; por-

que Antonio Montes es modelo en el hogar y en la amistad. Hijo cariñoso y hermano sumiso, tiene por los que le toleraron su afición y le ayudaron en sus penurias, esa devoción fiel del ser agradecido, y es leal y modesto, cualidades que le granjean con el trato grandes simpatías.

Y como el hombre y el torero están ligados siempre como cosa inseparable, por eso las dotes taurinas y personales afianzan á Montes en un lugar muy conspicuo, y le brindan un porvenir brillante, pudiendo augurarse que si no pasará á la historia emulando la gloria de su homónimo celebérri-mo, logrará, á la manera de los Romeas en la escena, vencer la *jettatura* de un apellido tan *pesado*. No habrá Montes «el bueno» y Montes «el malo», sino Montes antiguo y Montes moderno.

Enero de 1900.

EL «SEÑORITO» VELASCO

Porque pertenecía á una familia acomodada, y estudiaba el bachillerato cuando empezó á ser aficionado, le llamaban en Sevilla el *Señorito*. Extremos de la afición le llevaron á salir en aquella plaza el 27 de Agosto del 93, como sobresaliente con obligación de estoquear dos toros que rejoneara doña Matilde Vargas, toreando los otros cuatro novillos Lesaca y el Jerezano.

No fué muy feliz su primer ensayo, y á partir de él, toreó como banderillero las novilladas que pudo en Sevilla y fuera, perseverando en su afición con decisión tal, que el 29 de Agosto del 97 lograba figurar como matador de novillos en la plaza de la corte,

quedando á tan buena altura, que volvió á salir á poco, y ya desde entonces, no se interrumpe la cadena de sus éxitos de novillero, hasta ser el primer eslabón de las temporadas del 97 al 98, y 98 al 99, alternando en competencia con Bombita chico, Dominguí y cuantos se distinguieron por aquel entonces. El 17 de Agosto del mismo año 99, tomó la alternativa de manos de *El Torerito* en la plaza de Ciudad Real, matando al primer Aleas de un gran volapié.

La suerte *de recibir* tiene en este torero un entusiasta, que procura practicarla siempre que puede.

Discuten los inteligentes en estas faenas de Velasco, si sus aplaudidas estocadas son recibiendo ó *aguantando*, suerte ésta que poco se diferencia de la primera, aparte de ser una voluntaria y preparada, y la otra imprevista y forzosa, dejo á los *revisteros* como testigos presenciales la enojosa disertación con sus precisos distingos, y me limitaré á alabar aquí la valentía y sana intención que aconsejan á Velasco estos repetidos intentos, que de poner en ellos la per-

severencia que *el señorito* patentizó en los albores de su afición, pueden hacer convertir hacia él la atención de los aficionados, ávidos de un torero que traiga algo nuevo ó refresque las prácticas taurinas de los antiguos lidiadores, que pasaron á la posteridad cubiertos de gloria.

La estatura abona al joven Velasco como estoqueador; y si toreando resulta seco y hasta desgarrado, en la suerte suprema revela condiciones estimables de decisión y arte, para la que le ayudan muy mucho (como auxiliaron á Mazzantini) las proporciones físicas, que son muy de tener en cuenta, pues quién duda que El Gallo, con la estatura de Mazzantini, habría sido un Guerra, pongo por ejemplo.

Para mí es este torero un testimonio vivo de lo que puede la fuerza de voluntad; cuando lo recuerdo banderilleando en las novilladas caniculares de su ciudad natal, tan poco garboso, que parecía *un lãrgala*, y lo he visto luego con empaque de torero serio, haciendo *lo suyo* y figurando á la cabeza de los novilleros, como hoy en línea de combate

con los matadores en activo, doy fe completa al adagio que afirma «querer es poder».

No tuvo Velasco padrino influyente, y sin admiradores entusiastas que le jaleasen en sus comienzos, sin *alcalarreños* que se señalasen en el tendido, sin apoderado omnipotente que le impusiera á las empresas, logró el chico por áspero sendero alcanzar la ansiada meta—la alternativa.—¿Será para él fértil oasis donde recoja el ansiado fruto, ó páramo desierto donde se agosten sus esfuerzos y se defrauden sus esperanzas?

Está Velasco en el momento más peligroso para los toreros. Una brisa bonancible rizando el oleaje lo llevará á puerto seguro; una racha tempestuosa lo arrojará á la playa; téngalo presente al navegar por los redondeles de los circos, que son para el torero mares procelosos cuando se encrespan las olas del tendido, y lagos transparentes cuando reflejan en palmas y *olés* el sol del entusiasmo popular.

EL JEREZANO

Es la tema favorita de críticos y de revis-
teros de *la cosa* taurina, lamentar las im-
provisadas y prematuras alternativas que
de algún tiempo acá se conceden con harta
frecuencia á los novilleros, apenas levantan
esa primera polvareda del entusiasmo popu-
lar que ciega á los incipientes lidiadores en
sus primeros pasos por los ruedos á manera
de nube de polvo que levanta en su carrera
vertiginosa el potro desbocado, ocultándo-
le el camino por el cual se precipita hasta el
abismo.

Sírvalles de compensacion este torero an-
daluz, que al tomar la investidura de ma-
nos de su tío José Lara (Chicorro) en la pla-

za de toros de Barcelona el 29 de Octubre de 1899, llevaba *nueve años* toreando como novillero.

En tal aspecto, es *rara avis* el torero de Jerez —Se desviven los *maletas agraciados* (por el rostro, por el garbo ó por la suerte), por llamarse matadores de cartel apenas toread una canícula en Sevilla y Madrid, y pasan con frecuencia del simpático entusiasmo que despierta el novillero joven y valiente (aunque ignorante) á la justa prevención que inspira el matador escaso de recursos y ajeno de maestría, en quien la suerte ha de hacerlo todo, y cuya reputación, para usar término adecuado, depende de cómo *lleve el Cristo... si de frente ó de espaldas...* y como á mal Cristo... mucha sangre, bombo en ellos hasta que la afición desengañada los crucifica con el *Inri* del desvío y la mofa. No pensó así Manuel Lara, y aun á trueque de disgustar á sus amigos y paisanos, que por simpatía personal y por *regionalismo* le excitaban á doctorarse, se resistió mucho á ello, como lo prueba el largo paréntesis que media desde el día 15 de Agosto de 1890, en

que aparecía en el hermoso circo jerezano, para torear con los novilleros Lobito y Potoco, toros del *famoso* D. Pedro Manjón, al día de su atlernativa. Verdad que en este lapso de tiempo consiguió señalarse de entre el montón de toreros por la solidez de sus condiciones, su inteligencia y recursos, toreando con los matadores de más *tronío* de su tiempo, tales como el *Guerrita*, Fuentes, Reverte, Algabeño, Conejito, Quinito, Minuto, Litri, Jarana, y el citado Chicorro, siendo entre éstos su página más gloriosa la escrita en la plaza de Jerez matando el último toro con *Guerrita*, el último, día de Santiago, que aquél coloso toreó.

Se ha distinguido Lara en la suerte de recibir, y esto solo habría bastado á torero menos reservado (apático le llaman algunos) para hacerse de un primer cartel. De estas faenas recuerdan los aficionados, las por él ejecutadas en la plaza de la corte con un toro del Duque; en la de Málaga, con uno de Torres de la Cortina, y en la de Cádiz, con uno de Castrillón; y en Sevilla rematando una corrida por haber pasado á la enfer-

mería su compañero Angel García Padilla.

El corresponsal de *El Puntillero*, en Barcelona, telegrafió así el 29 de Octubre,

«*Jerezano* que tomó los trastos de manos de su tío *Chicorro*, empleó en su primero una inteligente faena de muleta, despachándolo de una estocada corta superior, que le valió ser ovacionado. Al último lo mató de un volapié en lo alto.—Bregando, bien.»

Hasta aquí *relata referro*; ahora me he de permitir algo de cosecha propia.

Para mí *es el Jerezano* una anomalía taurina; no me lo explico satisfactoriamente. Su desigualdad notoria, en un torero de condiciones privativas (fuerza, complexión, estatura) y hecho paso á paso en la profesión del toreo, con vista, recursos y arte. Pára mucho (cuando pára) y se tira muy en regla cuando quiere; pero torero de más conocimientos que habilidad, ésta entiendo que estorba á veces á la franca ejecución

Es también, como *Bonarillo*, de los *gettatori*: en su plaza natal ha hecho faenas pre-

ciosas... sale á capitales más importantes, y le ocurre lo que á las inglesas, que en Londres todas las mujeres son guapas, y en el extranjero no se ven más que adefesios.— ¿Cuándo querrá la suerte que Manuel Lara esté siempre en Londres, que es donde hay que ver á las inglesas y... al *Jerezano*.

LOS BANDERILLEROS

**Juan Molina. — Rodas. — Patatero.
Cerrajillas, y Pulga de Triana.**

Hermano menor de Rafael Molina, es Juan tan excelente torero como aquél, y el primer peón de brega que en los tiempos modernos ha pisado la arena, habiéndole merecido sus faenas inteligentísimas una reputación nunca hasta ahora alcanzada en ese terreno. Al lado de *Lagartijo* brilló siempre; y cuando aquel maestro llegó á la decadencia, Juan fué su Cirineo en la calle de la Amargura de su historia taurina, hasta llegar al Calvario de su despedida. Retirado de las lides aquel eximio torero que, durante más de cuarenta años, había escrito tan gloriosas páginas en la historia del arte, y consolidado el *toreo cordobés*—estilo que le

fué propio—creando á su sombra escuela que produjera tan celebrísimo diestro como Rafael Guerra; éste, sucesor excelso de *Lagartijo*, recabó para sí, con sumo acierto, el concurso de Juan Molina; y á sus órdenes torea hoy el veterano peón *las sesenta*, sin cansancio, desaliento, ni asomos de decadencia. Su mano izquierda (porque es zurdo) vale por la diestra más diestra, y el trapo tiene en ella tanta fuerza *atrayerente* ó *sugestiva* sobre las reses, que las *castiga* á placer. Sus recortes, sus paradas y sus quites (si la ocasión es propicia) no se superan ni mejoran. Con él cerca, no hay lidia pesada ni trance peligroso.

Juan Molina se llevará al retiro de su vejez esta suma maestría del percal, á que condiciones físicas, perfeccionadas por una práctica constante de muchos años, le han permitido llegar. La historia del toreo inscribirá su nombre al lado del de su hermano Rafael lugar preeminente de su gloria taurina.



Un torero notable—Paco Frascuelo—viéndole banderillear, dijo que sus pares, como los de Armilla, «parecía que caían del cielo.» El *Gordito*, que llevó á Rodas en sus comienzos de afición á Lisboa, reconvenido por otros de su cuadrilla porque lo pagaba mejor y lo consideraba más, les dijo: Ven ustedes cuando Rodas va á parear, y las pone en el suelo, pues cuando ustedes banderilleen como él, cuando no las cuelga, los miraré lo mismo.

Con esto queda dicho que es un estilista del arte de banderillear. Su colocación, su modo de levantar los brazos y de llegar á la *reunión* son tan privativos y personales, que ni los aprendió de nadie, ni se le pueden imitar. Ello explica sus triunfos en las novilladas de Valladolid con el *Boto*; sus éxitos pareando, en otros tiempos, con Moyano en la cuadrilla de Reverte en Madrid y provincias, y su cartel en Lisboa, donde fué ajustado por toda la temporada de 1895-96.

Pareando *de fuego* una corrida de Eizaguirre, en Madrid, con rejoncillos otra de Anastasio en Sevilla *et sic de cateris*, oyó

muchas veces música el torerito éste, en quien el diminutivo significa elegancia y compostura, nunca reducción de condiciones artístico-aurinas.

En una feria de Córdoba hubo de pasarse dos veces en falso por quedarse el toro de la vacada de *Lagartijo*; algunos indoctos que no conocerían la forma, silbaron; y entonces Rodas cita de nuevo, quedándosele el toro en la reunión ó encuentro, suspensos ambos, toro y torero. Sin abandonar el terreno, derrota aquél, y éste marca de nuevo la suerte, y deja el par prendido en el testuz, saliendo milagrosamente ileso, gracias á que el toro no *derrotó* muy alto.

En tanto le aplaude el público, *Guerrita* le dice:

—Niño, no hagas más eso, que vas á ir al tendío.

—Qué quería usted que hiciera, Rafael, no oía usted á esos—le contestó el pundonoso torero sevillano.

Es este cordobés un ejemplo patente de lo que alcanzan las condiciones taurinas bien encaminadas y dirigidas por hábil maestro en cuadrilla formal.

Un niño era el blando torero apodado Pataterillo, cuando banderilleaba suelto en las novilladas de Madrid, y se sumaba á las huestes de novilleros de fama; pero de seguir así, es casi seguro que, como otros que le iban en zaga, no hubiera nivelado de tal suerte sus condiciones toreras, ni lucido tanto.

Hace tres temporadas que el célebre Guerrita lo llamó á sus órdenes, y desde entonces, día por día, fué brillando el novel diestro hasta atraer la constante atención de los públicos.

El *Benjamín* de la cuadrilla es un banderillero completo, por quien tiene hoy el maestro tanta debilidad como el primero. Es fuerte y modelado el cuerpo, y simpático de rostro, y al que su ligero extrabismo de la mirada imprime personal gracia.

Exuberante de facultades, banderillea bien y *pronto*, condición ésta muy estimada de

los matadores, prescindiendo, mal que le pese, de *adornos*, pero apretándose en *llegar* y *clavar* á tiempo. Le ayuda mucho al éxito total y á la atención pública, su figura bien modelada, compuesta y garbosa, que realza el vestido de luces, gran delator de las formas, y la varonil hermosura de las facciones pronunciadas, pero bien armonizadas, que al ir á prender los pares prenden al igual los corazones. pudiendo decirse de él que si los banderillea á todos, conquista todas... ó como dice Rafael en sus ratos de humorismo... *á mí me las quita toas*.

En serio: debe consignarse que tiene gran afición á su ejercicio, y es incansable en la brega, y *querencioso* de palmas.



Otro cordobés, de singulares condiciones y de personales atractivos, es Cerrajillas; muy esbelto y garbosísimo de figura, de genio risueño, bromista y jaleador como unas sonajas; ocurrentísimo y chispeante, de intención y de gracejo.

Si se tratase de aquilatar méritos *con los palos en la mano*, yo le diera muy tranquilo *primer premio*; pues á mi juicio es de los que se atan taleguillas, uno de los cuatro mejores banderilleros que hoy alternan en los ruedos.

Nada más airoso, artístico, ni elegante que Cerrajillas irguiéndose al cite, y difícil es superar su silueta en el cuarteo... para él *hay toro* siempre, y se adorna y juguetea con la res *á placer*. No ha tenido la suerte— aunque bien lo merecía—de ingresar en la cuadrilla de Rafael, natural desideratura de los buenos toreros cordobeses contemporáneos, y donde con Patatero habría compuesto singular pareja, pero prueba su excelencia el que ha sido siempre solicitado de los matadores; y ya con el valenciano Fabrilo ó con el cordobés Conejito, sus esté-

ticas faenas han sido aplaudidas y elogiadas de cuantos no ignoran lo que es y significa el segundo tercio de lidia: hoy figura con *Machaquito* y *Lagartijo chico*—esas dos esperanzas—próximas á tornarse en brillantes realidades— del toreo cordobés, y á su lado confío que alcanzará el merecido premio de sus extraordinarias dotes taurinas, llegando en días no lejanos á la meta. Pues además de ser tan buen banderillero, es un peon, de quien diré que no hay temor de que la *meta*, para parodiarle su gracejo innato.

Año 1899.

TOREROS DE A CABALLO

LOS PICADORES

† **Antonio Bejarano (Pegote), Badila, Agujetas, Cantares, Cigarrón, Melones, Los Carriles, Molina, Zurito, Alvarez, y los tres madrileños Pepe el Largo, Chano y Chanito.**

Al poner la pluma en las cuartillas para enunciar los piqueros más notables, quiero pagar un tributo de simpatía á Pegote, muerto en el manicomio de Ezquerdo pocos años ha, y á quien la perturbación mental arrancara de su profesión en la más hermosa plenitud. El picador cordobés primo de Guerrita, era un mozo arrogante, guapo, simpático, gracioso; tenía tantos amigos entre *los señores*, como partidarios en el tendi-

do; gran caballista, picador habilísimo; nadie se le puso delante en su profesión y ejercicio, y al ocurrir su baja en la cuadrilla de Rafael, dejó un vacío el torero y el hombre que nunca se llenó. Descanse en paz el *jacarrandoso* cordobés.

Otro torero de á caballo, con fisonomía propia, es Pepe Bayard (Badila), con más fisonomía que nadie. Es gran jinete, ha modificado con instinto práctico la calzona, y ha embellecido con gusto de artista la chaqueta, bordándola en sedas y avalorios. Es poeta, músico y cantante. Como aficionado primero, representó zarzuelitas (llenó los teatros); *Salón Eslava* y *Ya somos tres*, eran sus favoritas. Luego fué tenor cómico en la Compañía Cereceda, y volvió á su profesión del toreo.

Picador de Angel Pastor, de Frascuelo, de Mazzantini, y hoy de *El Algabeño*, su cartel estuvo siempre á buena altura, pero nunca más que en aquella tarde de la despedida de *Frascuelo*, en que picó admirablemente, defendió una gran jaca negra toda la tarde, y puso banderillas á caballo: él ha bajado al

redondel y toreado *à la limón* con matador célebre, y su espíritu inquieto y su inventiva, le han sugerido mil cosas raras é incidentes curiosos.

Tuvo época en que brilló en Madrid por su ostentación en joyas, trenes y caballos. Hoy, más retirado á la vida del hogar, conserva numerosísimos amigos y relaciones muy valiosas.

Agujetas, que acompaña á Reverte, está reputado por *el mejor* en el sentido más estricto de la palabra para los aficionados *pour sang...* y cuando ellos lo dicen...

Cantares ha eclipsado con sus *locuras* su fama taurina, pero fué siempre como *Melones* un piquero de veras, con fuerza, habilidad y *querencia*.

Cigarrón es otro de los picadores que forman en primera fila. Es el sevillano éste muy entendido en ganado bravo, como que dirige las tientas de reses en las mejores ganaderías de Andalucía; y es maestro en el acoso y en el derribo, y tan buen jinete, que no se le concibe á pie: parece que le falta algo. Es un buen mozo, moreno y agracia-

do, con hechuras y garbo, y un muchacho muy simpático, que figura en la cuadrilla del simpático Bombita, *el de la perenne sonrisa*.

Fuentes concede toda su preferencia á los Carriles, y estos dos hermanos le acompañan, llevándose las palmas en todos los circos de España. Jóvenes, fuertes y decididos como toreros; callados, modestos y formales como hombres, se hacen muy simpáticos, *malgré* su rusticidad, los picadores de Fuentes, que son *conocedores* de primera.

Y llego á Molina, de la cuadrilla de Guerra, fenómeno de estatura, de fuerza y de *poder*, mixto de cordobés, sevillano y madrileño, muy simpático y muy *natural*, y á Zorito, de la misma famosa cuadrilla. Al decir de Guerra, es el más habilidoso de los piqueros de su tiempo, y de una bondad y franqueza encantadoras como hombre. Respetuoso, modesto, honrado á carta cabal, hace honor á la torería de su tierra cordobesa.

Alvarez es un sevillano que ha paseado mucho la calle de las Sierpes, y rodó mucho

antes de acogerse á la cuadrilla de *El Algabeño*, donde tiene merecido lugar.

Es joven y voluntarioso, muy simpático y formalito. Tiene la gracia sevillana en las hechuras y en las chirigotas, pero es comedido y modesto.

Los *tres hermanos* de Madrid merecian un capítulo aparte por constituir una *dinastía*, y porque tienen rasgos personales y propios que los distinguen y separan. No son de Madrid, sino de Aranjuez... pero es lo mismo para el caso.

Pepe, que es un real mozo, tiene unas facultades colosales de picador; y cada vez que quiso ganó la pelea al que se le puso delante. Es muy simpático y saladísimo con la gracia chula madrileña. Mezcla de garbo y finura, en que entran por igual la sal y el acibar. El sólo anima y divierte una reunión, y es *amigo* de muchos aristócratas, y tiene mucho partido entre las mozas de rompe y rasga de Lavapiés y las Vistillas, á quienes *se lleva de calle*.

Chano, muy esbelto y airoso, alto como su hermano, más fino que él de hechuras y de

trato, le puja en gracia y simpatía, chapurra el francés con mucho *ángel*, y es una delicia en su trato.

Fué torero de á pie, quiso ser matador, y por fin volvió á coger las bridas, que maneja muy bien; es muy elegante á caballo, y pica con habilidad, arte y valentía; y Chanito, como apodan á Manolo Fernández (el menor de los tres), con empezar ahora á distinguirse en las novilladas que pica, revela grandes disposiciones. Es como ellos, muy buen mozo y muy simpático (que en esta familia de gigantes, la guapeza, la simpatía y la gracia parecen vinculadas) y hará seguramente honor á la familia, figurando pronto en una cuadrilla formal donde afiance las dotes de picador que le adornan.

En estos tres toreros, que pueden considerarse madrileños, he querido brindar á la afición de la corte, sino que con distintos vinos, porque Pepe *el Largo* me ofrecerá *una tinta*, Chano una copa de *Champagne*, y Chanito, una de los *Moriles*, así como Alvarez me ofrecería un *chato* de manzanilla de Sanlúcar, y Zurito uno de Montilla.

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo.....	5
¡Guerral.....	17
D. Luis Mazzantini y Egufa.....	25
«Lagartijillo» ó el ahijado del «Frascuelo».	32
Un Minuto.. Sin segundos.....	37
Bonar, Bonal, ó «Bonarillo».....	43
¡No te tires, Reverte!	49
Fuentes... del arte y de la elegancia..	57
«Quinito» ó el Sr. Joaquín.....	65
Faico.....	70
Bombita «Ainé» y Bombita «Cadet».	76
«El Algabeño» Torea y... mata.....	83
«Villita» ó «maño» de Zaragoza.....	90
El «Conejito»... Córdoba.....	95
Un «Parrao» que dará sombra.....	103
Guerrero ó... Guerrerito.....	109
El Domingo chico ó «Dominguín»..	117
Padilla... el de Sevilla.....	122
Montes—«El Moderno»..	128
El «Señorito» Velasco.....	134
El Jerezano.....	138
Los banderilleros: Juan Molina, Rodas, Pa- tatero, Cerrajillas y Pulga de Triana....	143
Los picadores: Antonio Bejarano (Pegote), Badila, Agujetas, Cantares, Cigarrón, Me- lones, Los Carriles, Molina, Zurito, Al- varez y los tres madrileños Pepe el Lar- go, Chano y Chanito.....	153



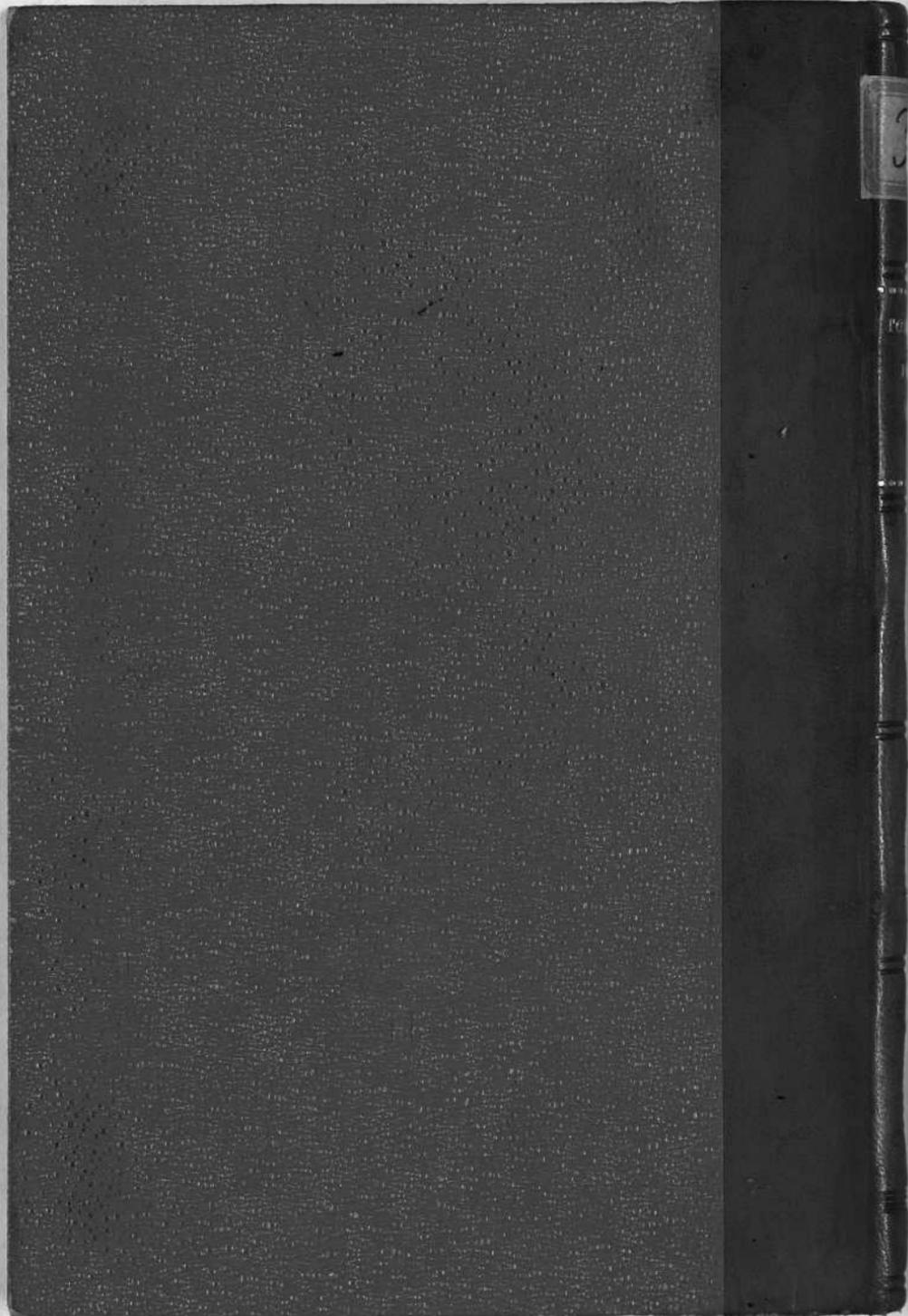
2 pesetas.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>20</u>	Precio de la obra.....
Estante. <u>1</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>2</u>	Valoración actual.....
Número de tomos.	



30.

POSTAGE

PAID

NOV 18 1908

DEL.

INDIA